

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

Dirigidos por

Emilio Roig de Leuchsenring

Historiador de la Ciudad de La Habana

19

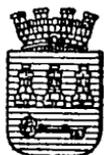
LA REVOLUCIÓN DE MARTÍ

24 DE FEBRERO DE 1895

**Con notas para un ensayo
biográfico - interpretativo**

Por

Emilio Roig de Leuchsenring



MUNICIPIO DE LA HABANA

Administración del Alcalde

Dr. Raúl G. Menocal

1941

5



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

Cuadernos de Historia Habanera

- 1.—Homenaje al ilustre habanero Pbro. José Agustín Caballero y Rodríguez en el Centenario de su muerte. 1835-1935.
- 2.—La Habana antigua: La plaza de Armas, por *Emilio Roig de Leuchsenring*.
- 3.—Claudio José Domingo Brindis de Salas (El Rey de las Octavas). Apuntes biográficos, por *Nicolás Guillén*.
- 4.—Homenaje a la Benemérita Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, por *Adrián del Valle*. Prólogo de *Fernando Ortiz*.
- 5.—Las calles de La Habana. Bases para su denominación. Restitución de nombres antiguos, tradicionales y populares.
- 6.—Ideario Cubano: I.—José Martí. (Recopilación y prólogo de *Emilio Roig de Leuchsenring*).
- 7.—Ideario Cubano: II.—Máximo Gómez. (Recopilación y prólogo de *Emilio Roig de Leuchsenring*).
- 8.—Autobiografía, cartas y versos de *Juan Francisco Manzano*. (Con un estudio preliminar por *José L. Franco*).
- 9.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—I. Nicolás M. Escovedo, el ciego que vió claro, por *Emeterio S. Santovenia*; Pozos Dulces, el inútil vidente, por *José Antonio Ramos*; Rafael M. de Mendive, el maestro de Martí, por *Félix Lizaso*; Anselmo Suárez y Romero, el cantor de la naturaleza guajira, por *Manuel I. Mesa Rodríguez*; El compositor y pianista Nicolás Ruiz Espadero, por *José Luis Vidaurreta*.
- 10.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—I.
- 11.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—II. Miguel Aldama, o la dignidad patriótica, por *Joaquín Llaverías*; Lorenzo Meléndez, o el negro en la educación cubana, por *Salvador García Agüero*; Antonio Bachiller y Morales, el padre de la bibliografía cubana, por *Fermín Peraza y Sarausa*; Felipe Poye, el máximo naturalista de Hispanoamérica, por *Mario Sánchez Roig*; Muerte y exequias de Martí, por *Gerardo Castellanos G.*
- 12.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—II.
- 13.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—III.—José Silverio Jorrín o la timidez política, por *Elias Entralgo*; Angustia y evasión de Julián del Casal, por *José A. Portuondo*; Vicente Escobar, uno de los precursores de la pintura en Cuba, por *Evelio Govantes*; Félix Varela, el primero que nos enseñó a pensar, por *Roberto Agramonte*.
- 14.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—III.
- 15.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—IV.—Antonio Medina, el Don Pepe de la raza de color, por *Angelina Edreira de Caballero*; Juana Borrero, la adolescente atormentada, por *Angel I. Augier*; José Manuel Mestre. La Filosofía en La Habana, por *Carlos Rafael Rodríguez*; Arango y Parreño. Ensayo de interpretación de la realidad económica de Cuba, por *Enrique Gay-Calbó*.
- 16.—Heredia en La Habana, por *Francisco González del Valle*.
- 17.—Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico, por *Emilio Roig de Leuchsenring*.
- 18.—Morales Lemus y la Revolución de Cuba, por *Enrique Piñeyro*. (Con un estudio preliminar por *Enrique Gay Calbó*).
- 19.—La Revolución de Martí, 24 de febrero de 1895. (Con notas para un ensayo biográfico-interpretativo por *Emilio Roig de Leuchsenring*).

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

19

LA REVOLUCIÓN DE MARTÍ

24 de Febrero de 1895



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

Dirigidos por

Emilio Roig de Leuchsenring

Historiador de la Ciudad de La Habana

19

**LA REVOLUCIÓN
DE MARTÍ**

24 DE FEBRERO DE 1895

**Con notas para un ensayo
biográfico - interpretativo**

Por

Emilio Roig de Leuchsenring



MUNICIPIO DE LA HABANA

Administración del Alcalde

Dr. Raúl G. Menocal

1941



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Nota preliminar.

En 1936 publicamos, como número 6 de estos Cuadernos de Historia Habanera, un Ideario de José Martí, cuyos ejemplares se agotaron en brevísimo plazo. La intensificación del interés y de la veneración por la figura de Martí y el empeño por un mejor conocimiento y valoración de su obra que felizmente se observan en estos últimos años, tanto entre los intelectuales como en el pueblo de Cuba, nos impulsan a publicar ahora, no como muy repetidamente se nos ha pedido, una mera reimpresión de aquel Ideario heterogéneo, sino como primera de una serie de selecciones martianas, una que recoja lo esencial del pensamiento revolucionario de Martí, para que aparezca el 24 de febrero de este año, en conmemoración del inicio de la revolución de 1895 que culmina en la independencia de Cuba.

Por tratarse de una divulgación popular de la ideología martiana, nos ha parecido conveniente precederla de unas notas para un estudio biográfico—interpretativo de la vida y obra de Martí.

El título de esta recopilación, La Revolución de Martí, expresa nuestra opinión sobre el nombre que debe darse definitivamente en la historia de Cuba al gran empeño revolucionario de 1895. Ha sido llamado Revolución de Baire; pero en trabajo publicado no hace mucho en la revista habanera Carteles, ya afirmábamos, apoyándonos en datos históricos irrefutables, cómo el pronunciamiento efectuado en aquella población cubana no posee la categoría necesaria para dar nombre a esa revolución, como tampoco lo merecen los simultáneos levantamientos acaecidos aquel memorable 24 de febrero en Bayate, Ibarra y Guantánamo: no fueron esos sino los momentos y puntos de estallido de la guerra, sin que a ninguno

de ellos procedu atribuirse la dirección general del movimiento revolucionario.

Pudiera llamarse a nuestra última guerra emancipadora, Revolución de 1895; pero este nombre lleva sólo una connotación cronológica. El que señala su origen y su característica, el único que expresa, pues, el carácter de esa guerra y revela su contenido, es éste: Revolución de Martí. Porque la guerra de 1895 es preparada y organizada, por el Partido Revolucionario Cubano fundado en 1892; pero éste, a su vez, es todo él obra de Martí, es la plasmación del gran empeño a que él ha dedicado todas las energías de su vida; el pensamiento y el ardor de Martí son los que se infunden como alma de ese organismo poderoso que su genio organizador hizo surgir de las emigraciones dispersas, recelosas, desmayadas. El crea el Partido Revolucionario Cubano: es su cerebro, su corazón, y mil veces, también sus manos afanadas. El Partido Revolucionario, que no habría existido sin Martí, dispone y proclama la guerra; ésta, pues, sólo puede ser y llamarse: La Revolución de Martí.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING,
Historiador de la Ciudad.



José Martí.

Notas para un ensayo biográfico - interpretativo,

por Emilio Roig de Leuchsenring.

MEDALLÓN.

El padre de la patria cubana. Apóstol y mártir de nuestras libertades y de las de los pueblos hispanoamericanos. Estadista genial del Continente. Luchador sin odio. Maravilloso orador. Prodigioso artífice de la prosa. Crítico extraordinario. Poeta innovador y creador. Maestro de niños y de hombres. El último gran demócrata de su época. Hizo causa común con los oprimidos de la tierra, y murió “como bueno, de cara al sol”, por la redención de su pueblo y de los pueblos de la que él llamó “nuestra América” y “Madre América”, sin que jamás hubiera salido de su corazón “obra sin piedad y sin limpieza”. Lo más trascendental de su labor político-revolucionaria es el carácter internacionalista que la distingue: el propósito de contribuir poderosamente con la independencia de Cuba y Puerto Rico, en el tiempo y en la forma en que él las concibió, a la creación de una América hispana poderosa, próspera y unida, cuya fuerza, compensando el creciente poderío de la América sajona, asegurase el equilibrio continental.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CAMINOS.

Nace en la ciudad de La Habana el 28 de enero de 1853.

Sus padres: Mariano Martí y Navarro, natural de Valencia, y entonces sargento primero del Real Cuerpo de Artillería; Leonor Pérez y Cabrera, de Santa Cruz de Tenerife, una de las Canarias. Abuelos paternós: Vicente Martí y Manuela Navarro; maternos: Antonio Pérez y Rita Cabrera.

El bautizo se celebró el sábado 12 de febrero del mismo año del nacimiento, en la iglesia del Santo Angel Custodio de esta ciudad, oficiando el presbítero Tomás Salas y Figuerola, Capellán Párroco por S.M. del Regimiento del Real Cuerpo de Artillería de esta plaza. Le pusieron los nombres de José Julián. Fueron sus padrinos don José María Vázquez y doña Marcelina Aguirre.

Con la oposición de sus padres—“honrados, aunque de poca inteligencia e instrucción”, al decir de su amigo dilecto y compañero de estudios Fermín Valdés Domínguez—y principalmente de su padre, que no ideó para su hijo más porvenir que el oscuro y mezquino empleo de escribiente en la Celaduría que él desempeñaba, realizó sus estudios de primeras letras en los colegios *San Anacleto*, de Rafael Sixto Casado, y *San Pablo*, de Rafael María de Mendive. A los diez años sabía ya escribir correctamente y poseía nociones de gramática, aritmética, geografía, historia y literatura.

En 1866 es matriculado por Mendive en el Instituto de La Habana, para que iniciara sus estudios de bachillerato, que aquél se comprometió a costearle, cursándolos con tanta brillantez que le valieron notas de sobresaliente en las asignaturas y premios en las oposiciones.

Al calor de sus propios nobilísimos sentimientos y del ejemplo y las enseñanzas recibidas en los hogares cubanos, que para él fueron su verdadero hogar, de Mendive y Valdés Domínguez, a los dieciseis años comenzó a luchar por la independencia de su patria, y fué el periódico el medio que eligió para librar las primeras batallas en la obra grandiosa a la que había de consagrar desde en-

tonces su preciosa existencia. Los trabajos publicados en *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre*, por él fundados y dirigidos—el primero en unión de Valdés Domínguez—en el mes de enero de 1869, y un incidente provocado por varios voluntarios españoles, el 4 de octubre de 1869, sirvieron de pretextos para que se le formase—con otros jóvenes amigos y compañeros—causa “por insulto a la Escuadra de Gastadores del Primer Batallón Voluntarios de Ligeros, y sospechas de infidencia”. Sufrió persecuciones y detenciones y, por último, la condena a seis años de presidio, que cumplió en el Departamental de La Habana, desde el 4 de abril hasta el 30 de septiembre de 1870, en que fué trasladado a la Cárcel, pasando después a La Cabaña, y nuevamente a la Cárcel y de allí desterrado a la Isla de Pinos, el 13 de octubre, enviado a La Habana en 18 de diciembre, y deportado a España el 15 de enero de 1871.

De su vida en Presidio, de los horrores que allí vió y de los malos tratos, sufrimientos y martirios que padeció y enfermedades que contrajo, ha dejado diversos relatos en cartas, artículos y versos, y principalmente en el folleto *El Presidio Político en Cuba*, impreso en Madrid, en 1871, el mismo año de su llegada a esa ciudad, en el que quiso poner de relieve todos los crímenes que las autoridades españolas cometían en la Isla y colonia desgraciada, hacérselos conocer al Gobierno de la Metrópoli, a los españoles en general, y con ello pedirles que reparasen algunos de sus más lamentables errores, y que fuesen más humanos y más justos con los cubanos.

De enero de 1871 a octubre de 1874 permanece en España, residiendo especialmente en Madrid y Zaragoza, en cuyas Universidades cursa con general aprovechamiento los estudios finales de Segunda Enseñanza y las carreras de Derecho y de Filosofía y Letras. De Licenciado en Derecho Civil y Canónico se graduó en la Universidad de Zaragoza el 30 de junio de 1874; y de Licenciado en Filosofía y Letras, en la misma Universidad el 24 de octubre de aquel año.

Durante su vida española, no olvidó un solo momento laborar por la independencia de su patria: mantiene íntimo contacto con patriotas exilados y sociedades separatistas; sostiene polémicas periodísticas con los defensores de la integridad española; pronuncia discursos y recita sus versos en veladas y en otros actos públicos;

recuerda y defiende a los inocentes estudiantes de Medicina fusilados en La Habana el 27 de noviembre de 1871; y publica, por último, un folleto—*La República española ante la revolución cubana*—, que lleva pie de imprenta de Madrid, 1873, y es un formidable y vibrante alegato en defensa de los derechos de Cuba a sus libertades, y al mismo tiempo, un *inri* puesto en la frente de los republicanos españoles de la época, por la falsedad de sus ideas y sentimientos y la incapacidad política y gubernativa de que dieron muestras entonces, con respecto a las colonias, desenvolviendo en todo ese trabajo la tesis innegable de que la República española no podía tener dos caras, dos programas, dos políticas, según se tratase de España o de Cuba; que las doctrinas que predicaba para España tenía que mantenerlas también cuando se tratase de Cuba; y los ideales sostenidos en su bandera, no podía negarlos a Cuba que aspiraba también a ellos, los quería y los defendía.

Al salir de España, visita varias ciudades europeas, y en febrero de 1875, llega a México donde colabora asiduamente en la *Revista Universal* y estrena, en el Teatro Principal, su proverbio *Amor con amor se paga*.

Después de rápido viaje a La Habana, a principios de 1877, se dirige a Guatemala, y allí es nombrado Catedrático de Literatura francesa, inglesa, italiana y alemana, y de Historia de la Filosofía, en la Escuela Normal Central de la capital de aquella República; publica trabajos en *La Revista de la Universidad*; forma parte de sociedades literarias; diserta sobre oratoria en la Escuela Normal.

A fin de contraer matrimonio con la cubana Carmen Zayas Bazán, residente en México, se traslada a dicha ciudad, regresando después a Guatemala. En 1878 publica en México su folleto *Guatemala*; y en el mes de agosto abandona esa República, renunciando su cargo profesional, por solidarizarse con su compatriota José María Izaguirre, desplazado injustamente de la dirección de la Escuela Central.

Aprovechando la amnistía general ofrecida en el artículo 2º del Pacto del Zanjón por el gobierno de España, a “cuantos hubiesen tomado parte directa o indirectamente en el movimiento revolucionario”, se embarca rumbo a La Habana, con su esposa,

la que dió a luz en esta ciudad, el 12 de noviembre de 1878, al hijo único que tuvieron.

Durante los meses que permaneció en Cuba, hasta el 25 de septiembre de 1879, en que salió de nuevo deportado para España, repartió sus actividades en tres órdenes de trabajos: literarios, ofreciendo conferencias, interviniendo en debates o escribiendo en diarios y revistas alguno que otro artículo; forenses, en los bufetes de los licenciados Nicolás Azcárate y Miguel F. Viondi; y patrióticos y revolucionarios, tomando parte principal en la conspiración que culminó en la llamada *Guerra Chiquita*, fracasada al estallar y realizando, consecuentemente con las labores del conspirador, intensa propaganda patriótica, desde la tribuna y la prensa, todo lo cual ocasionó su deportación y nuevo viaje a España.

En esta otra, breve y forzada, etapa española, que coincide con la celebración de las bodas—en noviembre de 1879—del Rey Alfonso XII, viudo no hacía mucho de la infanta doña Mercedes, con la archiduquesa austriaca María Cristina, Martí no olvida a su patria ni cuanto se relacione con ella, con su independencia y su felicidad, y aprovechando la atención de negocios judiciales del bufete habanero de su amigo Viondi, que se tramitaban en los tribunales madrileños, sostiene larga y trascendental entrevista con el connotado político español Cristino Martos, a quien pinta, con vivos y precisos colores, la insostenible situación de Cuba frente al desgobierno metropolitano. A principios de diciembre rompe su destierro en la Península, y el 18 de ese mes conoce a Sarah Bernhardt en una fiesta del Hipódromo en París, sobre la que escribe en francés un artículo que permaneció inédito hasta que en agosto de 1928 lo publicamos nosotros en la revista *Social* de esta capital.

En todos los momentos de su vida española, tanto en 1871-74, como en 1879, tuvo Martí—no obstante sus sufrimientos físicos, sus escaseces económicas y sus labores estudiantiles, primero; y las responsabilidades y atenciones familiares, después—por máximas, constantes e ininterrumpidas preocupaciones y dedicaciones, el bienestar de su patria, la libertad e independencia de Cuba. Y por muchos que fueran sus dolores y sus desengaños, por enormes que parecieran las dificultades con que tropezó, no encontramos una sola prueba o indicio que nos demuestre, no ya apostasía o aban-

dono de sus empeños revolucionarios, pero ni siquiera flaqueza de ánimo; sino que, por el contrario, los contratiempos le infundían nuevo vigor y más decidido entusiasmo para continuar la lucha en pro del ideal emancipador.

La permanencia de Martí en España durante las dos épocas referidas y el estudio posterior que con motivo de sus empeños revolucionarios hizo de las clases sociales y de las instituciones españolas, le descubrieron, bien a las claras, la existencia de dos Españas, autocrática una, liberal la otra, ambas en perpetua y enconada lucha. La España autocrática era el Estado español monárquico, ciego y sordo siempre a los clamores cubanos en pro de mejoras y reformas, empeñado únicamente en dominar, oprimir y explotar a esta su colonia desafortunada, manteniendo en todo tiempo, como lema de su política en Cuba, "intransigencia", y "el último hombre y la última peseta antes que abandonar la Isla y entregarla a sus hijos".

La otra España que Martí también conoció y estudió, antítesis de la anterior, es la España popular, liberal, que supo ser noble y generosa con los cubanos y darnos la razón frente a la ceguera e intransigencia de sus monarcas, sus gobernantes, sus políticos y sus militarotes, y se puso a nuestro lado, y defendió con sacrificio de la vida, el bienestar y la hacienda, la causa de Cuba libre, creyéndola humana y justa.

De este conocimiento y estudio de ambas Españas, Martí sacó, para toda su vida, la firmísima convicción de que del Estado español Cuba no podía lograr jamás ni libertad ni justicia, y era, por tanto, absolutamente imprescindible la urgente necesidad de la separación, por medio de la revolución, de la Metrópoli, que la esclavizaba y explotaba; pero que al mismo tiempo, para la otra España, para la España de los que él llamó "los buenos españoles", y que para él debían ser y fueron tan amados y respetados como los propios buenos cubanos, Cuba debía tender sus manos cordiales, en la revolución, y después, en la República, para que ésta fuese patria de todos, con todos, y para el bien de todos.

Estos sentimientos y estas ideas de Martí lo llevaron a predicar—y así se mantuvo durante toda nuestra última lucha emancipadora—la guerra "sinceramente generosa, libre de todo acto de violencia innecesaria contra personas y propiedades, y de toda de-

mostración o indicación de odio al español"; altísimo concepto que lo ha consagrado en la historia de los grandes movimientos libertadores de pueblos, como el tipo—sin par en época alguna—del luchador sin odio.

El 3 de enero de 1880 llegó Martí a Nueva York, y el 24 dió lectura en *Steck Hall* al primer discurso ofrecido en aquella ciudad, a los emigrados cubanos, sobre asuntos político-revolucionarios. En el mes de mayo comenzó a colaborar en *The Sun* y en *The Hour*.

Ya en el mes de marzo de 1881 lo encontramos en Caracas. Allí pronuncia, el día 21, un discurso en el Club del Comercio; en julio aparecen los dos únicos números que vieron la luz de su *Revista Venezolana*; y el 28 parte para Nueva York desde donde comienza a enviar correspondencias a *La Opinión Nacional* de Venezuela, la primera de las cuales está dedicada a comentar el atentado al Presidente de los Estados Unidos, James A. Garfield.

Durante once años, de 1881 a 1892, ha de permanecer Martí ininterrumpidamente en los Estados Unidos, consagrado, casi por completo, a la gran obra revolucionaria independentista que culminaría, en los campos de Cuba Libre, el 24 de febrero de 1895. Su intensísima labor patriótica no le impedirá la realización de actividades literarias: ya íntimas expansiones de su espíritu, traducidas en sus versos *Ismaelillo*, *Versos Libres* (1882) y *Versos sencillos* (1891); ya la traducción del poema *Lalla Rookh*, de Moore (1888); ya la publicación de su novela *Amistad Funesta* (1885), y de cuatro números de su revista consagrada a los niños, *La edad de oro* (1889); ya la colaboración, indispensable para ganarse el sustento diario, en *La Nación*, de Buenos Aires (1882-1891), *La América*, *El Latino Americano*, *El Economista americano*, *La Ofrenda de Oro*, y otros, de Nueva York; *La Opinión Pública*, de Montevideo; *La República*, de Guatemala; etc.; ya también escribirá para otros diarios y revistas de los Estados Unidos y de Hispanoamérica artículos sobre Cuba o asuntos cubanos, o en defensa de su patria, como sus tres artículos publicados el primero en *The Manufacturer*, de Filadelfia, y los otros dos en *The Evening Post*, de Nueva York, contra la campaña anexionista sostenida en el primero de dichos diarios el año 1889; traducirá *El Tratado de lógica*, de Stanley Jevons (1883), las novelas *Called Back (Misterio...)*, de Hugh Conway (1885), y *Ramona*, de Helen Hunt

Jackson (1887); desempeñará cargos representativos consulares de algunos países hispanoamericanos, como Uruguay, Argentina y Paraguay; ostentará la representación de sociedades culturales de Hispanoamérica, como la *Academia de Ciencias y Bellas Artes*, de San Salvador y *Amigos del Saber*, de Caracas, o de agrupaciones periodísticas, como la Asociación de la Prensa, de Buenos Aires; presidirá la *Sociedad Literaria Hispanoamericana*, donde pronunciará diversos discursos de carácter americanista.

Como parte de su labor revolucionaria durante esta larga etapa de vida norteamericana, deben ser señalados sus cinco discursos conmemorativos del 10 de Octubre de 1868, inicio de la Guerra Grande, pronunciados, respectivamente, en el aniversario de esa efemérides patriótica cubana, los años 1887, 1888, 1889, 1890 y 1891; sus dos discursos en el *Liceo Cubano*, de Tampa, de 26 y 27 de noviembre de 1891; su discurso en Cayo Hueso, de 25 de diciembre de aquel mismo año; los pronunciados en *Hardman Hall*, de Nueva York, en 17 de febrero de 1892 y 31 de enero de 1893; el ofrecido en la propia ciudad, en honor de Fermín Valdés Domínguez, el 24 de febrero de 1894; todos los cuales han llegado hasta nosotros; y otros muchos, perdidos totalmente, o de los que sólo se conservan notas, fragmentos o breves informaciones periodísticas.

Muy especial mención merece su luminoso estudio sobre la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, de 1891, uno de los trabajos más singularmente reveladores del estadista genial que, como ya dijimos, hay en Martí, pletórico de consejos y enseñanzas, siempre actuales para los cubanos y los pueblos de los demás países de Hispanoamérica, y que constituyen el más completo y sintético programa de gobierno y administración que aquéllos y éstos podrían recibir y practicar en todo tiempo.

Muy digna de señalarse es la actitud adoptada por Martí en los inicios de sus actividades revolucionarias, frente a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, en 1884, negándose a colaborar en los planes bélicos de aquellos gloriosos soldados que habían dado ya su sangre por Cuba y cuyos brazos juzgaba indispensables para llevar al triunfo la nueva revolución, por adivinar en ellos inaceptables y peligrosos arranques y propósitos de autoritarismo mili-

tarista; actitud que deja precisada y definida en trascendental carta de 20 de octubre de aquel año.

Para dar más efectiva viabilidad a sus empeños revolucionarios emancipadores, Martí funda en Nueva York, el 22 de enero de 1890, la sociedad *La Liga*, y establece otra similar en Tampa el 27 de noviembre de 1891.

Pero la organización que ha de recoger todas sus campañas y propósitos revolucionarios es el *Partido Revolucionario Cubano*, cuyas bases y estatutos redacta, y que son aprobados definitivamente por todos los clubs de los Estados Unidos, el 5 de enero de 1892, y proclamados por las emigraciones cubanas y puertorriqueñas el 10 de abril de ese mismo año. Como reza la primera de dichas bases, "el Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico". Martí es elegido Delegado del Partido en los Estados Unidos.

Como órgano oficial del Partido y de la revolución, Martí funda en Nueva York el periódico *Patria*, cuyo primer número aparece el 14 de marzo de 1892.

De septiembre de 1892 en lo adelante, hasta su partida para los campos de la lucha armada, Martí multiplicará prodigiosamente sus actividades organizadoras de la revolución, recorriendo al efecto numerosas poblaciones de los Estados Unidos, visitando Santo Domingo, Haití, Jamaica, Costa Rica, Panamá y México, a fin de lograr adeptos para la causa libertadora, aunar voluntades, disipar discordias y rencillas, conquistar la participación de los jefes de la contienda de los Diez Años, poniéndolos de acuerdo entre sí y con los nuevos patriotas libertadores, en el propósito común de arrojar por la fuerza de las armas el poderío español, e independizar a Cuba; coleccionar los recursos económicos indispensables para la adquisición de armas y demás pertrechos bélicos; escribir a los participantes y simpatizantes de la revolución; redactar las proclamas y los manifiestos de ésta, entre los cuales figuran destacadamente por las importantísimas declaraciones políticas que contienen y los convierten en trascendentales idearios cubanos, entonces, y en la República a constituir, los de 27 de mayo de 1893 —*El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*— y 25 de marzo de

1895—*El Partido Revolucionario a Cuba*—conocido este último con el nombre de *Manifiesto de Montecristi*, por el pueblo dominicano donde fué firmado por Martí, como Delegado del Partido Revolucionario Cubano y por Máximo Gómez, como General en Jefe del Ejército Libertador, al partir ambos para los campos de la revolución.

Ese mismo día escribió Martí su carta a Federico Henríquez y Carvajal, que con la dirigida a Manuel Mercado, el 18 de mayo, desde el campamento de Dos Ríos, la víspera de su muerte, constituyen su testamento político; y el 1° de abril dirigió a Gonzalo de Quesada y Aróstegui la carta que es considerada como su testamento literario.

Ese primero de abril embarcó en una goleta, en Montecristi, en unión de Máximo Gómez, desembarcando a la media noche del día 11 en tierra cubana: Playitas. El 5 de mayo se entrevistan, en La Mejorana, Martí y Gómez con Maceo. El 18 de mayo, en el campamento de Dos Ríos, con Bartolomé Masó; y el día 19, en la primera escaramuza en que participó, Martí ofrenda su vida, en ratificación suprema de todas sus prédicas y campañas, a la independencia y a la libertad de Cuba y de los pueblos de Hispanoamérica.



OBRA POLÍTICO - REVOLUCIONARIA.

A los dieciseis años inicia Martí, según hemos dicho, su grandiosa obra político-revolucionaria, que durará sin interrupción hasta su muerte, veintiseis años, más tarde: libertar a Cuba del dominio español, pero no por el mezquino capricho, tan frecuente en revolucionarios de pacotilla, de derrocar a unos gobernantes para ocupar ellos su lugar, sin otras miras que esa ocupación del poder por el poder mismo o por el disfrute de beneficios económicos a través de puestos y negocios, sino con la altísima finalidad de conquistar para sus compatriotas, para América y para la humanidad, una patria común, que fuese campo abierto a las actividades laboriosas de sus hijos y de cuantos—españoles, hispanoamericanos, norteamericanos e hijos de otras tierras del Viejo Mundo—quisiesen en ella vivir y trabajar, seguros de que todos, nacionales y extranjeros, tendrían en Cuba una patria donde imperase “la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo”.

Claramente rechazó que la República cubana pudiera ser la perpetuación “con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia”, esperaba fuera, por el contrario, la constitución de “un pueblo nuevo y de sincera democracia”, de una patria “cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza, un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes”.

Quiso también Martí que sus compatriotas supieran ser en todo momento, no un rebaño de parias y esclavos, sino un pueblo de verdaderos y conscientes ciudadanos, no aduladores serviles de otro hombre, por extraordinarias que se creyeran sus cualidades políticas o gubernativas. Ni aduladores los gobernados, ni dictadores los gobernantes: “la lengua del adulador se clave donde todos la vean... A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que de-

cirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano o guante?... ¡Cerrémoles el paso a la República que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos!”

Tan profunda y meditada es su concepción política de la república que trata de crear, que ya aparece perfectamente definida en la carta antes citada, que dirigió desde Nueva York a Máximo Gómez en la remota fecha de 20 de octubre de 1884, casi ignorado entonces Martí por el veterano jefe de la Guerra Grande, y apenas conocido en su labor revolucionaria por un reducido grupo de cubanos exilados; carta reveladora de cómo en Martí, desde sus primeros trabajos en pro de la emancipación de su patria, no hay ni imprevisiones, ni improvisaciones, ni ligerezas, ni precipitaciones, sino que su obra libertadora es, desde sus comienzos, resultado de un plan y de un programa, concebidos y mantenidos en esa forma sólo por quien, como él, tiene una visión perfecta y clara de lo que se propone hacer y cómo y para qué se propone realizarlo. No es un agitador más, sino ya el estadista de su pueblo y de todo el Continente. Para Martí hay una manera, única, de servir a la patria: desinteresadamente. Y no debe buscarse el provecho personal, sino el del pueblo. Y no admite que la revolución pueda ser considerada como propiedad exclusiva de jefe alguno, porque “la patria no es de nadie; y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva como mayor desprendimiento e inteligencia”, de modo tal que la república no resulte esclavizada por la preponderancia y autoridad desmedidas de una clase social, de una agrupación militar o civil, de una comarca determinada o de una raza sobre otra.

Convencido de que la independencia económica es la base esencial de la soberanía política, advierte a los cubanos los peligros que pueden envolver las alianzas comerciales con pueblos grandes, fuertes y poderosos, mucho más si son vecinos de los pueblos menores, así como señala el mortal error que para un pueblo significa el vender a un solo pueblo, y que de proceder así, dejarán de ser libres políticamente; pues “quien dice unión económica, dice unión política”. Y agrega: “El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo,

y el que quiere salvarse, vende a más de uno. . . Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras”.

No menos dignas de consideración y estudio que las ideas políticas y económicas, son las ideas de Martí sobre los problemas sociales. Gran demócrata, el último gran demócrata de su época, según hemos indicado, para él “patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer”; y a los hombres los considera hermanos, sin distinción de nacionalidades ni razas. Con un franco espíritu internacionalista declara: “La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos, y de abominar todo lo que los aparte. . . Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la actividad fecundante y legítima de todos los pueblos”.

Juzga, no sólo útiles, sino necesarias, las revoluciones para la conquista de libertades y derechos conculcados o negados, porque “los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan”; y “no se compran con lágrimas, sino con sangre”; y está convencido de que la revolución llega “a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas de vida los factores opuestos que se desenvuelven en común”. Con claro concepto de la verdadera democracia, vió precisamente que no era la República la finalidad de la revolución, sino que el efectivo propósito de ésta debía

ser el establecimiento, en la patria libre, del equilibrio social: “¿La revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en las mangüas, sino la que vamos a desarrollar en la República”.

Cuñ los oprimidos hizo Martí causa común. Anticipándose al problema social que tan intensamente agita hoy al mundo, Martí juzga que para consolidar la gran patria americana, de la América de Bolívar y suya, hay que contar con el campesino y el obrero, con el indio y con el negro; en una palabra, con aquellos de quienes en sus *Versos Sencillos* decía:

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar.

Enemigo de la explotación del hombre por el hombre, rechaza que el trabajo pueda dar al patrono preeminencias o dominio, ni someter al obrero a vasallaje o esclavitud: “Esclavo es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él”. Y predicando siempre con el ejemplo, fué a los pobres y a los oprimidos, y no a los poderosos ni a los ricos, a los que buscó para realizar su obra revolucionario-emancipadora.

Como Marx, ve la necesidad que tienen los trabajadores de unirse, de asociarse, de hermanarse—como lo están en el infortunio, el atropello y la explotación—en las demandas de sus necesidades, de sus reivindicaciones, de sus derechos. Si Marx inscribió como bandera y programa del proletariado universal el lema: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”, Martí también dijo: “¡Juntarse: esta es la palabra del mundo!”.

No admite discriminaciones raciales. Si magnífica es la defensa que hace, al hablar de México, de la raza india, con no menores energía y entusiasmo mantiene, para la república cubana, la igualdad del blanco y el negro. “Esa de racista—afirma—está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: Dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: “Mi raza”; peca por redundante el negro que dice: “Mi raza”. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorralla, es un pecado contra la humanidad... Hombre es más que blanco, más que

mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro... Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro”.

Tampoco admite en la República la supervivencia colonial del influjo, dominio y explotación religiosos. Para él, “las religiones todas son iguales: puestas una sobre otra, no se llevan un codo ni una punta: se necesita ser un ignorante cabal, como salen tantos de universidades y academias, para no reconocer la identidad del mundo”. Y agrega: “Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios”. Se opone a que se lleve a las escuelas la enseñanza religiosa sectarista; y refiriéndose directamente al catolicismo, lo condena y rechaza: “Ya no vestimos sayo de cutí, ya leemos historia, ya sabemos que los obispos no vienen del cielo, ya sabemos por qué medios humanos, por qué conveniencias de mera administración, por qué ligas culpables con los príncipes, por qué contratos inmundos e indulgencias vergonzosas se ha ido levantando, todo de manos de hombres, todo como simple forma de gobierno, ese edificio impuro del Papado”. Y proclama que “la libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del universo”.

Si Martí fué maestro de hombres, como resplandece en todos sus trabajos políticos, necesariamente tenía que ser también maestro de niños. Y, efectivamente, ha dejado en numerosos artículos y estudios sus opiniones sobre problemas educativos. En las páginas de su revista para los niños—*La Edad de Oro*—, encontramos al maestro que hay en Martí. Maestro en la más alta y más pura acepción de la palabra; maestro que no sólo instruía a los niños en las múltiples ramas del saber humano, con claridad, sencillez y amenidad, despertando en ellos el interés por el estudio, sino que, además, y principalmente, se preocupaba de formar hombres y ciudadanos. “Formidable pedagogo instintivo” lo juzga con acierto la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou. Efectivamente, la vocación de Martí por la enseñanza lo llevó en distintas épocas de su vida a ofrecer, para niños y hombres, conferencias educativas y lecciones sobre diversas materias, en especial de literatura e his-

toria, en logias masónicas, en sociedades benéficas y culturales, como *La Liga* de Nueva York, y en centros obreros. Y muchos de los trabajos por él publicados en la revista *La América*, de la capital antes citada, y que él dirigió en sus últimos tiempos, constituyen ejemplares estudios en los que desenvuelve sus ideas sobre educación.

Consciente Martí de que uno de los fundamentos de su gran obra en pro de la libertad e independencia de Cuba y Puerto Rico, de la emancipación económica y política de todo el Continente y equilibrio del mundo, era la educación de nuestros pueblos, lanzó desde la tribuna y la prensa sus prédicas sobre estos problemas; prédicas, desde luego, revolucionarias, como toda su obra, y de inmediato y total provecho para las clases populares. Así, combatió el formulismo imperante de su época, la enseñanza humanista y la inútil y falsa erudición, preconizando la necesidad de que los maestros fueran hasta el pueblo como misioneros, y en lenguaje sencillo y comprensible lo instruyeran con lecciones que el pueblo pudiese aprovechar para mejor desenvolverse en la lucha por la vida. Su artículo titulado *Maestros Ambulantes*, es todo un programa de escuelas rurales y de maestros misioneros, “maestros de guajiros”, que dieran a hombres, a mujeres y a niños de los campos, “con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo”. Vió y recomendó la urgencia de utilizar instrumentos modernos en la agricultura y de aplicar los sistemas nuevos, enviándose, al efecto, aprendices a las haciendas donde estuviesen aquéllos en pleno ejercicio; e hizo resaltar las ventajas que el aprendizaje, en escuelas adecuadas, de un arte o un oficio, proporciona al individuo y a la nación. En estos sentidos fué precursor, ya desde 1884, de las escuelas y los maestros ambulantes, última palabra de la pedagogía contemporánea, que tan admirables resultados han producido en Rusia y en México, y que en Cuba están aún por implantarse; escuelas y maestros ambulantes que Martí señaló, antes que otro alguno, como remedios supremos para aliviar la ignorancia de los campesinos, a quienes él califica de “lo mejor de la masa nacional”. Se pronunció también Martí contra la aplicación en tierras de América de sistemas educativos exóticos e inadaptables

a nuestros pueblos, e indicó el peligro de educar a los niños fuera de su patria y principalmente en países como los Estados Unidos, de lengua, cultura y civilización diversas, de carácter opuesto y de riqueza superior.

Fué, pues, Martí, maestro de niños y maestro de hombres; maestro—como ha dicho Enrique José Varona—“que enseñó doctrinas de libertad, lecciones de concordia, ejemplos de dignidad moral”.

No podía faltar en los trabajos de Martí—ni nosotros dejar de citarlo aquí—su enjuiciamiento del hombre público, del político y del gobernante. En las crónicas escritas desde New York para *La Nación*, de Buenos Aires, sobre *El Presidente Arthur y Roscoe Conkling*, estudia, en las figuras de esos dos personajes de la vida pública norteamericana, la psicología de políticos y gobernantes, las interioridades e intrigas de la política y el vaho venenoso, sólo resistible por las cabezas fuertes, que es el poder, porque “el espíritu despótico del hombre se apega con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño, y una vez que ha gustado de este gozo, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando lo privan de él”. Como es natural en Martí, tras de la crítica, expone su concepto propio y positivo de la política, de gobernantes y políticos, y nos da una doble lección, al mostrarnos lo que aquélla y éstos son en el grande y vecino pueblo sajón y indicarnos lo que una y otros deben ser en nuestro pueblo.

La situación especialísima de Cuba, en lo geográfico y económico, y el carácter internacionalista que dió Martí a sus empeños político-revolucionarios, le llevaron forzosamente a estudiar con atención y profundidad singulares la línea de conducta que Cuba debía seguir en los problemas de carácter internacional, y especialmente interamericano, no sólo después de constituida la República, sino también durante la lucha armada que a la República debía conducir.

Y este estudio de la política internacional e interamericana que a Cuba convenía seguir, lo lleva a cabo Martí en numerosos y fundamentales trabajos, con pleno conocimiento de los problemas que desenvuelve, por haber vivido en varias de las repúblicas hispanoamericanas y en los Estados Unidos. Quiere que Cuba nazca a la vida libre sin la ayuda y el apoyo del Estado norteamericano,

aunque jamás pretendió que Cuba fuera enemiga de los Estados Unidos, sino que por él contrario predicó la necesidad de merecer, solicitar y obtener las simpatías de su pueblo: amistad que no debía significar, ni para Cuba ni para los demás pueblos de nuestra América, sometimiento, ni vasallaje, ni dependencia, ni en la esfera política, ni en la económica; y se pronunció, desde luego, contra todos los proyectos o tendencias de carácter anexionista, ya de procedencia cubana, ya de origen norteamericano.

Sintiéndose hijo de la que él llamaba Madre América, vierte en incontables páginas el cariño intenso que siente por todas y cada una de las patrias hispanoamericanas, que para él eran como una sola patria. En su admirable trabajo *Nuestra América*, todo un programa de americanismo, que Martí publicó en 1891, estudia, como pocos han sabido hacerlo, los males que padece nuestra América, descubre sus causas y señala los remedios, revelando así su corazón de hijo amoroso y comprensivo de la gran patria hispanoamericana.

Es ese amor intenso, tan grande como desinteresado, que Martí siente por la América nuestra, el que le hace comprender sus faltas y sus necesidades, no buscando en las primeras motivos de desprecio, ni convirtiendo las segundas en fuentes de explotación. Dándose cuenta perfecta de la vitalidad asombrosa que la América encierra, de las virtudes y defectos de sus hijos, de las dificultades de todo orden que en su desenvolvimiento han encontrado nuestros pueblos y de lo poco comprendidos que son, afirma: “de factores tan descompuestos, jamás en menos tiempo histórico se han creado naciones tan adelantadas y compactas”. Conocer los distintos elementos que componen cada pueblo, las fuentes de riqueza y producción naturales de cada país, el carácter y las necesidades materiales y espirituales de sus hijos, piensa Martí, y piensa bien, es lo primero que se necesita para gobernar nuestras repúblicas, y después, no querer gobernarlas con leyes, constituciones y sistemas de otros países totalmente distintos. Es necesario, también, contar con los elementos nativos y con ellos crear cada nacionalidad. Por no hacerlo así, o por desdeñarlos o explotarlos, ha padecido o padece Hispanoamérica, tiranías, despotismos y dictaduras. Para gobernar, proclama, hay que aprender tal función política, y el arte de gobierno requiere el conocer los factores reales del país,

decir la verdad bien alto, sobre vicios y defectos, no ocultarlos hipócritamente envueltos en un manto de falso e interesado patriotismo. Amar, comprender, criticar, crear: con ello piensa Martí, como lo pensaba Rivadavia, que “estos países se salvarán”. Así lo ve y lo aconseja en ese luminoso estudio, *Nuestra América*.

Según dejamos apuntado, no contó jamás Martí, durante toda la campaña preparatoria y organizadora de la revolución de 1895, con el apoyo ni la participación en ésta de los Estados Unidos, porque, precisamente, eran sus propósitos—amplia y claramente pormenorizados en sus manifiestos-programas de 1893 y 1895, en numerosos artículos publicados en *Patria* y en sus famosísimas y trascendentales cartas a Federico Henríquez y Carvajal y a Manuel Mercado, que constituyen ambas, como ya expusimos, su testamento político—que la independencia de Cuba y Puerto Rico sirviese, no tan sólo para la felicidad de estas dos islas, sino también, y de manera singular, para equilibrar con la independencia de ambas, el Nuevo Mundo, constituyendo en el estratégico lugar en que la Naturaleza las situó, dos naciones, aunque pequeñas en territorio, fuertes por su grado de cultura y civilización, respetadas de las demás por saberse respetar a sí mismas, campos de verdadera democracia, gobernadas celosamente por hombres austeros y capaces, elegidos sin artimañas ni imposiciones por la mayoría de los electores, verdaderos y conscientes ciudadanos; realizado todo ello con el propósito de “asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América”.

Martí muere con esos altísimos ideales en el pensamiento y en el corazón. A ellos abrazado, va a la muerte. El 18 de mayo de 1895, víspera de la tragedia de Dos Ríos, presagiando su inmediato fin, le escribe a Mercado: “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo—de impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América... Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David”. Y confesándose al amigo querido y lejano, le declara: “Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente,

porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”.

Martí comprendió que nada se lograba con arrojar a España de Cuba, si Cuba no reconquistaba su soberanía económica; y para alcanzarlo era indispensable que la independencia política de Cuba —al mismo tiempo que la de Puerto Rico—fuera ganada con el fin primordial de que las dos islas, al salvarse, salvaran a la América, asegurasen, “frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad, en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y el abrazo”.

Con la muerte de Martí, desapareció el único verdadero, grande y genial estadista de Cuba y de la revolución del 95. Su visión sobre el futuro de Cuba y de América no fué comprendida ni recogida de manera efectiva por sus colaboradores y continuadores en la obra político-revolucionaria, carentes todos de visión americanista e internacionalista de la guerra de Cuba. Y si grandes y gloriosos caudillos militares fueron Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García, sólo pudieron actuar como guerreros, no obstante el criterio francamente antintervencionista y antimperialista que en diversas ocasiones exteriorizaron en cartas y otros documentos oficiales y privados.

Con la muerte de Martí, quedó también sin terminar su obra.

Porque ha ocurrido así, y porque las sabias previsiones de Martí no han sido tenidas en cuenta por los hombres dirigentes de nuestra República, hemos creído y predicado que a los cubanos urgía volver a Martí, para encontrar en sus doctrinas, consejos y enseñanzas, adaptados a la época y a las necesidades presentes, caminos y orientaciones de sana política interna e internacional, en busca de una Cuba, cubana y humana, y a la que ha de llegarse, como Martí lo pensó, y por ello murió, mediante el rescate para los elementos genuinamente populares y trabajadores de toda índole, para la juventud de cuerpo y espíritu, de la tierra y de la economía nacionales.



Carta al General Máximo Gómez.

New York, octubre 20 de 1884.

Señor General Máximo Gómez,

New York.

Distinguido General y amigo:

Salí en la mañana del sábado de la casa de Vd. con una impresión tan penosa, que he querido dejarla reposar dos días, para que la resolución que ella, unida a otras anteriores, me inspirase, no fuera resultado de una ofuscación pasajera, o excesivo celo en la defensa de cosas que no quisiera ver yo jamás atacadas,—sino obra de meditación madura:—¡qué pena me da tener que decir estas cosas a un hombre a quien creo sincero y bueno, y en quien existen cualidades notables para llegar a ser verdaderamente grande! Pero hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que Vd. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente: y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento; y cuando en los trabajos preparativos de una revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y ele-

mentos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención, bruscamente expresada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los recursos de fe y de guerra que levante el espíritu a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presentan a capitanear la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, General? ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después en él? ¿La fama que ganaron ustedes en una empresa, la fama de valor, lealtad y prudencia, van a perderla en otra? Si la guerra es posible, y los nobles y legítimos prestigios que vienen de ella, es porque antes existe, trabajado con mucho dolor, el espíritu que la reclama y hace necesaria: y a ese espíritu hay que atender, y a ese espíritu hay que mostrar, en todo acto público y privado, el más profundo respeto,—porque tal como es admirable el que da su vida por servir a una gran idea, es abominable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o de poder, aunque por ellas exponga la vida. El dar la vida sólo constituye un derecho cuando se la da desinteresadamente.

Ya lo veo a Vd. afligido, porque entiendo que Vd. procede de buena fe en todo lo que emprende, y cree de veras, que lo que hace, como que se siente inspirado de un motivo puro, es el único modo bueno de hacer que hay en sus empresas. Pero con la mayor sinceridad se pueden cometer los más grandes errores; y es preciso que, a despecho de toda consideración de orden secundario, la verdad adusta, que no debe conocer amigos, salga al paso de todo lo que considere un peligro, y ponga en su puesto las cosas graves, antes de que lleven ya un camino tan adelantado que no tengan remedio. Domine Vd., General, esta pena, como dominé yo el sábado el asombro y disgusto con que oí un importuno arranque de Vd. y una curiosa conversación que provocó a propósito de él el General Maceo, en la que quiso,—¡locura mayor!—darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una

propiedad exclusiva de Vd., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente en sus manos. ¡No: no, por Dios!—¿pretender sofocar el pensamiento, aún antes de verse, como se verán ustedes mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria? La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia.

A una guerra, emprendida en obediencia a los mandatos del país, en consulta con los representantes de sus intereses, en unión con la mayor cantidad de elementos amigos que pueda lograrse; a una guerra así, que venía yo creyendo—porque así se la pinté en una carta mía de hace tres años que tuvo de Vd. hermosa respuesta,—que era la que Vd. ahora se ofrecía a dirigir;—a una guerra así el alma entera he dado, porque ella salvará a mi pueblo;—pero a lo que en aquella conversación se me dió a entender, a una aventura personal, emprendida hábilmente en una hora oportuna, en que los propósitos particulares de los caudillos pueden confundirse con las ideas gloriosas que los hacen posibles; a una campaña emprendida como una empresa privada, sin mostrar más respeto al espíritu patriótico que la permite, que aquel indispensable, aunque muy sumiso a veces, que la astucia aconseja, para atraerse las personas o los elementos que puedan ser de utilidad en un sentido u. otro; a una carrera de armas por más que fuese brillante y grandiosa, y haya de ser coronada por el éxito, y sea personalmente honrado el que la capitaneé;—a una campaña que no dé desde su primer acto vivo, desde sus primeros movimientos de preparación, muestra de que se la intenta como un servicio al país, y no como una invasión despótica;—a una tentativa armada que no vaya pública, declarada, sincera y únicamente movida, del propósito de poner a su remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas; a una guerra de baja raíz y temibles fines, cualesquiera que sean su magnitud y condiciones de éxito—y no se me oculta que tendría hoy muchas—no prestaré yo jamás mi apoyo—valga mi apoyo lo que valga,—y yo sé que él, que viene de una decisión indomable de ser absolutamente honrado, vale por ese oro puro,—yo no se lo prestaré jamás.

¿Cómo, General, emprender misiones, atraerme afectos, aprovechar los que ya tengo, convencer a hombres eminentes, deshelar voluntades, con estos miedos y dudas en el alma? Desisto, pues, de todos los trabajos activos que había comenzado a echar sobre mis hombros.

Y no me tenga a mal, General, que le haya escrito estas razones. Lo tengo por hombre noble, y merece usted que se le haga pensar. Muy grande puede llegar a ser Vd.—y puede no llegar a serlo. Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza. Servirse de sus dolores y entusiasmos en provecho propio, sería la mayor ignominia. Es verdad, General, que desde Honduras me habían dicho que alrededor de Vd. se movían acaso intrigas, que envenenaban, sin que Vd. lo sintiese, su corazón sencillo, que se aprovechaban de sus bondades, sus impresiones y sus hábitos para apartar a Vd. de cuantos hallase en su camino que le acompañasen en sus labores con cariño, y le ayudaran a librarse de los obstáculos que se fueran ofreciendo—a un engrandecimiento a que tiene Vd. derechos naturales. Pero yo confieso que no tengo ni voluntad ni paciencia para andar husmeando intrigas ni deshaciéndolas. Yo estoy por encima de todo eso. Yo no sirvo más que al deber, y con éste seré siempre bastante poderoso.

¿Se ha acercado a Vd. alguien, General, con un afecto más caluroso que aquel con que lo apreté en mis brazos desde el primer día en que le ví? ¿Ha sentido Vd. en muchos esta fatal abundancia de corazón que me dañaría tanto en mi vida, si necesitase yo de andar ocultando mis propósitos para favorecer ambicioncillas femeniles de hoy o esperanzas de mañana?

Pues después de todo lo que he escrito, y releo cuidadosamente, y confirmo,—a Vd. lleno de méritos, creo que lo quiero:—a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está Vd. representando,—no:—

Queda estimándole y sirviéndole

JOSÉ MARTÍ.



Vindicación de Cuba.

New York, 21 de marzo de 1889.

Sr. Director de *The Evening Post*.

Señor:

Ruego a usted que me permita referirme en sus columnas a la ofensiva crítica de los cubanos publicada en *The Manufacturer* de Filadelfia, y reproducida con aprobación en su número de ayer.

No es este el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que guían la opinión comparten respecto a él las preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la Isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra, y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y actividad poco común, se ven honrados dondequiera que ha habido ocasión para desplegar sus cualidades, y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; éstos, más numerosos que los otros, no desean la anexión

de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta república portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norteamericana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting.

No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, junto con los demás pueblos de la América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores. Hemos sufrido impacientes bajo la tiranía; hemos peleado como hombres, y algunas veces como gigantes, para ser libres; estamos atravesando aquel período de reposo turbulento, lleno de gérmenes de revuelta, que sigue naturalmente a un período de acción excesiva y desgraciada; tenemos que batallar como vencidos contra un opresor que nos priva de medios de vivir, y favorece, en la capital hermosa que visita el extranjero, en el interior del país, donde la presa se escapa de su garra, el imperio de una corrupción tal que llegue a envenenarnos en la sangre las fuerzas necesarias para conquistar la libertad. Merecemos, en la hora de nuestro infortunio, el respeto de los que no nos ayudaron cuando quisimos sacudirlo.

Pero, porque nuestro gobierno haya permitido sistemáticamente después de la guerra el triunfo de los criminales, la ocupación de la ciudad por la escoria del pueblo, la ostentación de riquezas mal habidas por una miriada de empleados españoles y sus cómplices cubanos, la conversión de la capital en una casa de inmoralidad, donde el filósofo y el héroe viven sin pan junto al magnífico ladrón de la Metrópoli; porque el honrado campesino, arruinado por una guerra en apariencia inútil, retorne en silencio al arado que supo a su hora cambiar por el machete; porque millares de destete-

rrados, aprovechando una época de calma que ningún poder humano puede precipitar hasta que no se extinga por sí propia, practican, en la batalla de la vida en los pueblos libres, el arte de gobernarse a sí mismos y de edificar una nación; porque nuestros mestizos y nuestros jóvenes de ciudad son generalmente de cuerpo delicado, locuaces y corteses, ocultando bajo el guante que pule el verso, la mano que derriba al enemigo, ¿se nos ha de llamar, como *The Manufacturer* nos llama, un pueblo “afeminado”? Esos jóvenes de ciudad y mestizos de poco cuerpo supieron levantarse en su día contra un gobierno cruel, pagar su pasaje al sitio de la guerra con el producto de su reloj y de sus dijes, vivir de su trabajo mientras retenía sus buques el país de los libres en el interés de los enemigos de la libertad, obedecer como soldados, dormir en el fango, comer raíces, pelear diez años sin paga, vencer al enemigo con una rama de árbol, morir—estos hombres de dieciocho años, estos herederos de casas poderosas, estos jovencitos de color de aceituna—de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta; murieron como esos otros hombres nuestros que saben, de un golpe de machete, echar a volar una cabeza, o de una vuelta de la mano, arrodillar a un toro. Estos cubanos “afeminados” tuvieron una vez valor bastante para llevar al brazo una semana, cara a cara de un gobierno despótico, el luto de Lincoln.

Los cubanos, dice *The Manufacturer*, tienen “aversión a todo esfuerzo”, “no se saben valer”, “son perezosos”. Estos “perezosos” que “no se saben valer”, llegaron aquí hace veinte años con las manos vacías, salvo pocas excepciones; lucharon contra el clima; dominaron la lengua extranjera; vivieron de su trabajo honrado, algunos en holgura, unos cuantos ricos, rara vez en la miseria: gustaban del lujo, y trabajaban para él: no se les veía con frecuencia en las sendas oscuras de la vida: independientes, y bastándose a sí propios, no temían la competencia en aptitudes ni en actividad: miles se han vuelto, a morir en sus hogares: miles permanecen donde en las durezas de la vida han acabado por triunfar, sin la ayuda del idioma amigo, la comunidad religiosa ni la simpatía de raza. Un puñado de trabajadores cubanos levantó a Cayo Hueso. Los cubanos se han señalado en Panamá por su mérito como artesanos en los oficios más nobles, como empleados, médicos y contratistas. Un cubano, Cisneros, ha contribuido poderosamente

al adelanto de los ferrocarriles y de la navegación de ríos de Colombia. Márquez, otro cubano, obtuvo, como muchos de sus compatriotas, el respeto del Perú como comerciante eminente. Por todas partes viven los cubanos, trabajando como campesinos, como ingenieros, como agrimensores, como artesanos, como maestros, como periodistas. En Filadelfia, *The Manufacturer* tiene ocasión diaria de ver a cien cubanos, algunos de ellos de historia heroica y cuerpo vigoroso, que viven de su trabajo en cómoda abundancia. En New York los cubanos son directores en bancos prominentes, comerciantes prósperos, corredores conocidos, empleados de notorios talentos, médicos con clientela del país, ingenieros de reputación universal, electricistas, periodistas, dueños de establecimientos, artesanos. El poeta del Niágara es un cubano, nuestro Heredia. Un cubano, Menocal, es jefe de los ingenieros del canal de Nicaragua. En Filadelfia mismo, como en New York, el primer premio de las Universidades ha sido más de una vez, de los cubanos. Y las mujeres de estos “perezosos”, “que no se saben valer”, de estos enemigos de todo esfuerzo, llegaron aquí, reciénvenidas de una existencia suntuosa, en lo más crudo del invierno: sus maridos estaban en la guerra, arruinados, presos, muertos: “la señora” se puso a trabajar: la dueña de esclavos se convirtió en esclava: se sentó detrás de un mostrador: cantó en las iglesias: ribeteó ojales por ciento: cosió a jornal: rizó plumas de sombrerería: dió su corazón al deber: marchitó su cuerpo en el trabajo: ¡este es el pueblo “deficiente en moral”!

Estamos “incapacitados por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía en un país grande y libre”. Esto no puede decirse en justicia de un pueblo que posee—junto con la energía que construyó el primer ferrocarril en los dominios españoles y estableció contra un gobierno tiránico todos los recursos de la civilización—un conocimiento realmente notable del cuerpo político, una aptitud demostrada para adaptarse a sus formas superiores, y el poder, raro en las tierras del trópico, de robustecer su pensamiento y podar su lenguaje. La pasión por la libertad, el estudio serio de sus mejores enseñanzas; el desenvolvimiento del carácter individual en el destierro y en su propio país, las lecciones de diez años de guerra y de sus consecuencias múltiples, y el ejercicio práctico de los deberes de la ciudadanía en los pue-

blos libres del mundo, han contribuído, a pesar de todos los antecedentes hostiles, a desarrollar en el cubano una aptitud para el gobierno libre tan natural en él, que lo estableció, aun con exceso de prácticas, en medio de la guerra, luchó con sus mayores en el afán de ver respetadas las leyes de la libertad, y arrebató el sable, sin consideración ni miedo, de las manos de todos los pretendientes militares, por gloriosos que fuesen. Parece que hay en la mente cubana una dichosa facultad de unir el sentido a la pasión, y la moderación a la exuberancia. Desde principios del siglo se han venido consagrando nobles maestros a explicar con su palabra, y practicar en su vida, la abnegación y tolerancia inseparables de la libertad. Los que hace diez años ganaban por mérito singular los primeros puestos de las Universidades europeas, han sido saludados, al aparecer en el Parlamento español, como hombres de sobrio pensamiento y de oratoria poderosa. Los conocimientos políticos del cubano común se comparan sin desventaja con los del ciudadano común de los Estados Unidos. La ausencia absoluta de intolerancia religiosa, el amor del hombre a la propiedad adquirida con el trabajo de sus manos, y la familiaridad en práctica y teoría con las leyes y procedimientos de la libertad, habilitarán al cubano para reedificar su patria sobre las ruinas en que la recibirá de sus opresores. No es de esperar, para honra de la especie humana, que la nación que tuvo la libertad por cuna, y recibió durante tres siglos la mejor sangre de hombres libres, emplee el poder amasado de este modo para privar de su libertad a un vecino menos afortunado.

Acaba *The Manufacturer* diciendo “que nuestra falta de fuerza viril y de respeto propio está demostrada por la apatía con que nos hemos sometido durante tanto tiempo a la opresión española”, y “nuestras mismas tentativas de rebelión han sido tan infelizmente ineficaces, que apenas se levantan un poco de la dignidad de una farsa”. Nunca se ha desplegado ignorancia mayor de la historia y el carácter que en esta ligerísima aseveración. Es preciso recordar, para no contestarla con amargura, que más de un americano derramó su sangre a nuestro lado en una guerra que otro americano había de llamar: “una farsa”. ¡Una farsa, la guerra que ha sido comparada por los observadores extranjeros a una epopeya, el alzamiento de todo un pueblo, el abandono voluntario de la riqueza, la abolición de la esclavitud en nuestro primer momento de la li-

bertad, el incendio de nuestras ciudades con nuestras propias manos, la creación de pueblos y fábricas en los bosques vírgenes, el vestir a nuestras mujeres con los tejidos de los árboles, el tener a raya, en diez años de esa vida, a un adversario poderoso, que perdió doscientos mil hombres a manos de un pequeño ejército de patriotas, sin más ayuda que la naturaleza! Nosotros no teníamos hesitanos ni franceses, ni Lafayette o Steuben, ni rivalidades de rey que nos ayudaran: nosotros no teníamos más que un vecino que “extendió los límites de su poder y obró contra la voluntad del pueblo” para favorecer a los enemigos de aquellos que peleaban por la misma carta de libertad en que él fundó su independencia: nosotros caímos víctimas de las mismas pasiones que hubieran causado la caída de los Trece Estados, a no haberlos unido el éxito, mientras que a nosotros nos debilitó la demora, no demora causada por la cobardía, sino por nuestro horror a la sangre, que en los primeros meses de la lucha permitió al enemigo tomar ventaja irreparable, y por una confianza infantil en la ayuda cierta de los Estados Unidos: “¡No han de vernos morir por la libertad, a sus propias puertas, sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al mundo!” Extendieron “los límites de su poder en deferencia a España”. No alzaron la mano. No dijeron la palabra.

La lucha no ha cesado. Los desterrados no quieren volver. La nueva generación es digna de sus padres. Centenares de hombres han muerto después de la guerra en el misterio de las prisiones. Sólo con la vida cesará entre nosotros la batalla por la libertad. Y es la verdad triste que nuestros esfuerzos se habrían, en toda probabilidad, renovado con éxito, a no haber sido, en algunos de nosotros, por la esperanza poco viril de los anexionistas, de obtener libertad sin pagarla a su precio, y por el temor justo de otros, de que nuestros muertos, nuestras memorias sagradas, nuestras ruinas empapadas en sangre, no vinieran a ser más que el abono del suelo para el crecimiento de una planta extranjera, o la ocasión de una burla para *The Manufacturer* de Filadelfia.

Soy de usted, señor Director, servidor atento.

JOSÉ MARTÍ.

Traducción de la carta publicada en *The Evening Post*, New York, marzo 25, 1889.

Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, el 10 de octubre de 1891.

Cubanos:

No venimos aquí como gusanos, a empinarnos sobre el sauce heroico; ni a cantar en sus ramas lindamente, como sinsontes vocingleros; ni a fiar, como bonzos, la suerte del país de nuestras entrañas al buitre que acecha ya la gangrena que corroe; ni a proclamar, con el reloj de arena sobre nuestras cabezas, que llegó la hora de la descomposición y del espanto, ni a tañer en la mandolina patrióticas serenatas a balcones que no se quieren abrir. Venimos a caballo como el año pasado, a anunciar que al caballo le ha ido bien; que las jornadas que se andan en la sombra son también jornadas; que con las orejas caídas y los belfos al pesebre no se fundan pueblos; que no es la hora todavía de soltarle el freno a la cabalgadura, pero que la cincha se la hemos püesto ya, y la venda se la hemos quitado ya, y la silla se la vamos a poner, y los jinetes... ¡los corazones están llenos de jinetes! La miseria cría magníficos jinetes. La visión del padre glorioso hace jinete al hijo. Lo que pudo una generación muelle y ofendida, que desconocía el poder que mostró, lo podrá una generación trabajadora y ofendida, que conoce su poder. ¡A caballo venimos este año, lo mismo que el pasado, sólo que esta caballería anda por donde se vence, y por donde no la oye andar el enemigo!

Y es lo primero este año, porque ha pasado por el aire una que otra ave de noche, proclamar que nunca fué tan vehemente ni tan tierno en nuestras almas el culto de la Revolución. Aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre, y se trocaron en padres de

nuestro pueblo; aquellos propietarios regalones que en la casa tenían su recién nacido y su mujer, y en una hora de transfiguración sublime, se entraron selva adentro, con la estrella a la frente; aquellos letrados entumidos que, al resplandor del primer rayo, saltaron de la toga tentadora al caballo de pelear; aquellos jóvenes angélicos que del altar de sus bodas o del festín de la fortuna salieron arrebatados de júbilo celeste, a sangrar y morir, sin agua y sin almohada, por nuestro decoro de hombres; aquellos son carne nuestra, y entrañas y orgullo nuestros, y raíces de nuestra libertad y padres de nuestro corazón, y soles de nuestro cielo y del cielo de la justicia, y sombras que nadie ha de tocar sino con reverencia y ternura. ¡Y todo el que sirvió, es sagrado! El que puso el pie en la guerra; el que armó un cubano de su bolsa; el que quiso la redención de buena fe, y le sacrificó su porvenir y su fortuna, ya lleva un sello sobre el rostro, y un centelleo en los ojos, que ni su misma ignominia le puede borrar luego. ¡A todos los valientes, salud, y salud cien veces, aunque se hayan empequeñecido o equivocado!

Y este culto a la Revolución, que sería insensato si no lo purgase el conocimiento de sus errores, nos ha traído a aquella fe cordial y serena, a aquella determinación definitiva e inquebrantable, a aquella fraternal e indulgente disposición del ánimo, a aquella prudencia considerada y equitativa, que no pueden perturbar los gobernantes españoles, deseosos de revueltas prematuras, ni el desaliento propio de los que tienen, allá en la Isla, encendida el alma heroica en un desierto moral, ni la censura de los que desconocen en los demás la eficacia del brío que se ha entibiado ya en su corazón. No estamos aquí, pujando la oportunidad, para caer mañana, como rancheros, sobre la patria del alma; ni levantando, a pura excomunión, un partido cubano que humille a los cubanos; ni peleando, como gauchos mortales, por el señorío de la tierra espantada; ni negando apoyo a la guerra que otros pudiesen preparar, por el pecado de no haberla preparado nosotros; ni comiéndole los pies a los culpables de amor y de luz. No soñamos aquí en una patria de corrillo, donde el goce voluntario o casual de la libertad del Extranjero dé privilegio de virtud sobre los que, viven tan fieles a su ideal como nosotros, al alcance del cadalso: no vivimos aquí contando los defectos, sino las virtudes. ¡Llena tenemos la memoria de nombres queridos que no dicen los

labios! ¡Abiertos tenemos los brazos para aquellos cuyo nombre amado no osa escribir nuestra pluma! ¡Dispuestos están en nuestro corazón los asientos de fiesta para muchos huéspedes ausentes! Otros descontarían de las listas del triunfo a los que, por legítimo temor o por enfermedad del ánimo, no aúadiesen en la hora difícil a defendernos la bandera; otros distribuirían, con el ojo rapante, los beneficios de la victoria entre los criados sumisos a su mandato: otros tacharían con acritud a los que, por incompleta educación política, o por falta de paciencia, o por aquella sincera desconfianza de sí que viene a los hombres de una larga vida de disimulo y dependencia, buscan en un poder extraño la salvación que no saben sacar de su voluntad; otros, con resabios de dueño, andarían sobre las puntas de los pies, para no lastimarse el charol, por entre las sepulturas donde cayeron de su brega de héroes, envueltos en el mismo pabellón, los negros y los blancos: ¡nosotros no somos aquí más que el corazón de Cuba, en donde caben todos los cubanos!

Aquí hemos estudiado las causas reales y complejas de la derrota de la Revolución; hemos desentrañado los elementos que en ella se crearon, y continuaron de ella, y podrían entorpecer o ayudar la pelea definitiva; hemos compuesto en un alma sola—sin más excepción que uno u otro pedruzco, o uno u otro veneno—los factores que dejó en hostilidad la dirección diversa y tibia de la guerra anterior; hemos ajustado nuestra acción, que pudimos muchas veces precipitar o extraviar, a los períodos de aquella convalecencia dolorosa por donde, én cuanto le acaben de crecer los cabellos, ha de volver a nuestra patria la salud; hemos reunido en la obra de todos los días, con la proporción debida al derecho humano y a su importancia real, los componentes sin cuya colaboración afectuosa no puede aunarse én la libertad durable nuestra tierra heterogénea; hemos inspirado en los pueblos de nuestra familia aquel cariño y estimación profundos que convienen para que no tropiece en su enemistad o en su indiferencia la obra de nuestra redención, por donde la familia se completa y asegura; hemos cerrado el paso de la patria, sin ira y sin temor, a las correrías que por su origen, o por sus métodos, o por sus resultados, fueran indignas de ella; y cuando ya no queda de una política imprevisora más que el escarmiento saludable y la cólera útil, cuando la liga floja y temporal del alma cubana con un sistema extraño a su

constitución y a los que lo habían de permitir, sólo deja tras sí al desvanecerse, un silencio desordenado y sombrío, o la demanda de una nueva esclavitud, ni blandimos el marchamo para señalar las frentes culpables del terrible desorden espiritual, ni les señalamos con mano rencorosa la agonía de un pueblo que pudo mantenerse, y se debió mantener, en la campaña de la prudencia, disciplinado para la de la resolución; sino que abrimos los brazos, pensando sólo en que somos pocos, aun cuando fuésemos todos, para reparar el tiempo perdido, para encender en la fe nueva los ánimos vibrantes, para correr el hilo misterioso por los corazones; y a cuantos sufren como nosotros del dolor del país, y aspiran como nosotros a levantarlo de él, a todos les decimos, con los brazos abiertos: "Aquí velábamos; aquí aguardábamos; aquí anticipábamos; aquí ordenábamos nuestras fuerzas; aquí nos ganábamos los corazones; aquí recogíamos y fundíamos y sublimábamos, y atraíamos para el bien de todos, el alma que se desmigajaba en el país!"

Con el dolor de toda la patria padecemos, y para el bien de toda la patria edificamos, y no queremos revolución de exclusiones ni de banderías, ni caeremos otra vez en el peligro del entusiasmo desordenado ni de las emulaciones criminales. Todo lo sabemos y todo lo evitaremos. Razón y corazón nos llevan juntos. Ni nos ofuscamos, ni nos acobardamos. Ni compelemos, ni excluimos. ¿Qué es la mayor libertad, sino el deber de emplearla en bien de los que tienen menos libertad que nosotros? ¿Para qué es la fe, sino para enardecer a los que no la tienen? ¿A qué somos, fuera de Cuba, una legión hecha a la tempestad, sino para amparar con nuestros cuerpos a los que sufren de miedo de mujer? ¡El hábito de ceder embota la capacidad de osar! ¡Cedan el paso los tímidos estériles a los prudentes que han sabido respetarlos!... ¿A qué vivimos, unidos al fin con alma igual para el rescate juicioso y cruento; a qué vivimos, los que hemos fundado en la arena y dejado señales en la roca, sino para mostrar que el patriotismo cubano sacó de la derrota la ciencia política necesaria para no caer otra vez en ella? ¿Qué somos, sino práctica viva, sin aquel funesto divorcio de antes entre los indecisos acá y los arremetedores allá, de aquella patria sana venidera en que no ha de haber ¡porque no los ha de haber! ni soberbias de capital, ni recelos de terruño? ¿Qué somos ya, fuera de Cuba, sino un pueblo hecho, trabajador y susceptible,

como han de ser los pueblos destinados a la felicidad en las repúblicas? ¡Pero es cierto que el hombre vanidoso niega o censura las virtudes difíciles que no se atreve a cultivar: es cierto que las primeras señales de los pueblos nacientes, no las saben discernir, ni las saben obedecer, sino las almas republicanas!

¿Y esto hacemos aquí, y labramos aquí sin alarde un porvenir en que quepamos todos, y tendremos aquí la mansedumbre de mirar como nuestros a los que nos desoyen, y amar a los que nos desaman? ¿Qué somos aquí, cubanos o enemigos de Cuba? ¿Aventureros, o patriotas? ¿Merodeadores, o redentores? ¿Y qué sabemos nosotros si eso es desamor, o si es que ya nos buscan en silencio, acaso sin sentir cómo el corazón se les va oreando, y no han hallado aún el modo de decirnos que nos aman? ¡Vayan alzando el pecho a la callada, que de aquí iremos poniendo a su compás nuestro ímpetu! ¿No se viene la tierra por nuestro camino? La esposa, transportada de ira, ¿no le dice al esposo?: “¡vete, vete, criollo infeliz, a donde haya trabajo y justicia!”; los más hechos a aquel pan villano, y los que le han sacrificado más, ¿qué son sino sombras de miseria, y fantasmas en casas vacías?: los hijos de los ricos, después de una vida inútil de vaqueros, ¿no vienen a pedir la limosna de la vida a los pueblos extraños?: los de ahora, los de sangre nueva, ¿no levantan en sus hombros, y pasean en triunfo, por la ley de honra que es más fuerte que el miedo, a los que vieron de cara al sol en los días gloriosos?: y los gobernantes espantados, ¿no arrancan de las manos a los niños las escopetas de jugar con que se ensayan en el viento? ¡La tierra se viene por nuestro camino, y los de allá y los de acá no tenemos más que hacer que juntar, con prudencia, nuestros corazones!

¡Cunda allá, de alma en alma, este fuego domado que nos nutre y enciende; medite, cada uno a solas, en esta fe tranquila y vigilancia seria y ternura de nuestro cariño fraternal; sepan que, en la agonía en que los han puesto el triunfo aniquilador de un dueño incorregible, y la confianza desordenada en una política fantástica y artificial, vela por ellos, sangra con ellos, purifica para ellos, funda para ellos, con precisión de problema científico y conocimiento entero de la realidad, un pueblo ausente en que se han llegado a fundir, en diez años de estudio y de sacrificio, en diez años de equidad y de precisión, el más puro anhelo heroico y la más severa disciplina pública.

¡Ni esperen, para tener noticias nuestras, aquellos infantiles organismos revolucionarios de antes, que fueron grandes en su día, y hoy, cubiertos por el espionaje, no serían más que semilleros para el cadalso! ¡Amamos mucho a los cubanos nuevos para ponerlos en peligro así! Lo que es, es, y lo sabemos acá; pero es preferible que, por falta de obra patente nos crean inactivos, a que caiga una sola cabeza de cubano, por el prurito de alardear de organizadores. Búsquenos, uno a uno, quien nos desee; mándenos, ayuda el que pueda, fe el que no pueda más, que no hay cosa que valga más que la fe: veamos aquí, como lo estamos viendo, que el alma de la Isla, renovada en la espera, se encrespa y se decide: venga a nosotros, por sí y como le parezca bien, el alma de allá que se nos quiera venir; ¡clubs de espíritus es lo que queremos, y los nombramientos que firma el valor, y los compromisos que se le juran a solas a la conciencia, y aquella determinación cauta y viril con la que no puede traficar el espía, y en la que no tiene donde asir el asesino! ¡Esté el alma en pie, para cuando le llevemos la mitad del alma!

Peligros, es claro que los tenemos, y ni uno solo nos es extraño, y los hay grandes; pero ¿conocer los peligros, no es el primer paso ya para vencerlos? Y la determinación de ajustar nuestros métodos a nuestros componentes ¿no es prenda de que los factores del país, satisfechos en su justa relación, no se alzarán, como la vez pasada, contra la falta de ella? En este estudio asiduo, en esta indulgencia constante, en este apego a toda la realidad, está el espíritu, y ha de estar la salvación de nuestra guerra nueva. Nada nos es desconocido de los obstáculos de afuera o de adentro, ni nada de lo que nos puede ayudar. Amamos, con todos sus pecados posibles, a los que, en la hora de arriesgarse o de temer, se fueron tras el honor, y arey al aire. Estimamos con afectuosa cautela aquel mismo talento timorato—pero útil en lo futuro por su preparación crítica y estudio sosegado del arte de gobierno—de los que en Cuba han vivido con aquel exceso de mente, sin válvula de acción, que vicia y desequilibra el carácter. Observamos, con júbilo como de cosa propia, en los cubanos de todas condiciones y colores, aquella laboriosidad tenaz, aquella crítica vehemente, aquel ejercicio de sí propio, aquel decoro inquieto por donde se preservan y salvan las repúblicas. Reconocemos—¿cómo no hemos de reconocer, recordando a Mina en México, a Gainza en Guatemala, a

Villamil en Cuba, al gallego Insúa en New York?—reconocemos el valor político del español amigo de la libertad, que le deja franco el paso, sin oponerse a su triunfo, o sale a defenderla a la luz del día: ¡y nuestra estimación por el español bueno sólo iguala a nuestra determinación de arrancar de raíz, aunque se queje la tierra, los vicios y las vergüenzas con que el español malo nos pudre! Y en nosotros mismos sentimos la fuerza serena que da el hábito del sacrificio. Ni a nosotros mismos nos tememos, porque sabemos que nuestro error es menos que nuestra virtud; ni tememos a esos peligros de América tan decantados: porque venimos después de ellos—y ni la América ni nosotros hemos vivido en vano—y estamos al quite!

Ni sueño pueril, ni evocación retórica es lo que tengo ahora delante de mis ojos, sino visión de lo que ha de ser, y escena de verdadera profecía. ¡Ah, los días buenos, los días de trabajo después de la redención, los días de la reedificación, en el contento de un derecho igual, los días de aquella ardiente labor de paz que ha de seguir a la labor de guerra, en que allá en el palacio de nuestra ley, con las palmas de mármol que le vamos a poner de pórtico, nos contemos, paseando entre las estatuas de los héroes, —los sagaces junto a los fanáticos, que son tan útiles como el sagaz, los buenos junto a los viles, que son tan necesarios, como los buenos, para indignarlos, y levantarlos y sacarles las chispas—nos contemos los errores de ambas Américas, de la nuestra y de la otra, para no caer en ellos—ajustemos las leyes de nuestra tierra original a su composición histórica, y a sus defectos, y a su naturaleza—fundemos en el concepto uno y superior del país común—que unió con el sacrificio lo que el déspota procuró apartar con la astucia—las quejas de vecindad y las pequeñas lealtades regionales!—¡Ah, los días buenos del trabajo después de la redención, del trabajo continuo, y de buena fe, para evitar el exceso de política de los desocupados ambiciosos, o de los aspirantes soberbios, o de los logreros de la palabra y del valor—y para reparar, estando como estamos a las puertas de un crítico goloso e impaciente, la época larga de desigualdad y languidez que pudiera darle razón para echarse sobre el pueblo incapaz, o darnos razón para desconfiar de nosotros mismos! ¡Ah, los días buenos! . . . ¡ya me parece ver brillar el sol sobre las estatuas de los héroes, y sobre el pórtico de palmas de mármol!

¡De veras que se nos habla demasiado de peligros! ¿Pues esta tierra que pisamos, qué fué hace tres siglos, sino un barquichuelo, cargado de cañones y de mujeres, que vino, en el hambre y en la tormenta, más pobre que nuestra pobreza mayor, huyendo de donde no se podía amar la libertad? Y la protesta religiosa, que lo puso en la vía de la política, y dan los cuentos eruditos como la única semilla de libertad viable, ¿qué fué sino obra de un monje guitarrero, con ríos de sangre por venas, y naciones frenéticas y convulsas por pedestal, y hecatombes humeantes por antorchas? ¡Esos cómodos, y esos liberales de agua-miel! ¡Sangre, el que aspire! ¿Para qué somos hombres, sino para mirar cara a cara a la verdad? ¡Dese lo justo, y no se nos pedirá lo injusto! El que a ser hombre tenga miedo, póngase de alquiler, con el ambicioso que lo use y lo pague, y le defienda la casta o la mala propiedad. ¡Para otros no hay goce mayor que el de ver cómo el hombre se redime y erece!... Lo que no se puede cambiar, ha de tomarse como es. ¿Quién teme al juego natural y necesario de las pasiones y virtudes de los hombres, ni al conflicto inevitable de sus aspiraciones y cobardías, y de sus ímpetus e intereses? Vea el que desconfíe a la Naturaleza equilibrada y triunfante. Nace el guao en el campo del hombre laborioso, y silba la serpiente desde sus agujeros escondidos, y péstañea la lechuza desde la torre de los campanarios; pero el sol sigue alumbrando los ámbitos del mundo, y la verdad continúa incólume su marcha por la tierra.

Y si nos preguntan dónde está la forma visible de esta energía y política nuestra, dónde el alarde infantil que desagrada a los sensatos, dónde la autoridad ostentosa que levanta recelos y pone en lucha las localidades, dónde la fogata imprudente que descubre el campo al enemigo—responderemos con el recuerdo de una maravilla que anda escrita en un libro de victorias. Cuentan de un coronel que, en la hora fantástica de la alborada, venía a escape, sable en mano, sobre las filas de los invasores, cuando una bala de cañón le cercenó, como de un tajo, la cabeza. Ni el jinete cayó de su montura ni bajó su brazo el sable: ¡y se entró por los enemigos en espanto y en fuga, el coronel descabezado! Pues así somos nosotros amigos de la humildad y del sacrificio. ¡Entrese nuestro caballo por el invasor y espántelo y derrótelo, aunque no se les vea a los jefes la cabeza!

Discurso en el Liceo Cubano, Tampa, el 26 de noviembre de 1891.

Cubanos :

Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella. Y ahora, después de evocado su amadísimo nombre, derramaré la ternura de mi alma sobre estas manos generosas que ¡no a deshora por cierto! acuden a dármele fuerzas para la agonía de la edificación; ahora, puestos los ojos más arriba de nuestras cabezas y el corazón entero sacado de mí mismo, no daré gracias egoístas a los que creen ver en mí las virtudes que de mí y de cada cubano desean; ni al cordial Carbonell, ni al bravo Rivero, daré gracias por la hospitalidad magnífica de sus palabras, y el fuego de su cariño generoso; sino que todas las gracias de mi alma les daré, y en ellos a cuantos tienen aquí las manos puestas a la faena de fundar, por este pueblo de amor que han levantado cara a cara del dueño codicioso que nos acecha y nos divide; por este pueblo de virtud, en donde se prueba la fuerza libre de nuestra patria trabajadora; por este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeau junto a artes de Roland, que es respuesta de sobra a los desdeñosos de este mundo; por este templo orlado de héroes y alzado sobre corazones. Yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma en mi corazón.

No nos reúne aquí, de puro esfuerzo y como a regañadientes, el respeto periódico a una idea de que no se puede adjuar sin deshonor; ni la respuesta siempre pronta, y a veces demasiado pronta, de los corazones patrios a un solicitante de fama, o a un alocado de poder, o a un héroe que no corona el ansia inoportuna de morir con el heroísmo superior de reprimirla, o a un meneste-

roso que bajo la capa de la patria anda sacando la mano limosnara. Ni el que viene se afeará jamás con la lisonja, ni es este noble pueblo que lo recibe pueblo de gente servil y llevadiza. Se me hincha el pecho de orgullo, y amo aún más a mi patria desde ahora, y creo aún más desde ahora en su porvenir ordenado y sereno, en el porvenir, redimido del peligro grave de seguir a ciegas, en nombre de la libertad, a los que se valen del anhelo de ella para desviarla en beneficio propio; creo aún más en la república de ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni togada ni descuellada, ni sobreculata ni inculta, desde que veo, por los avisos sagrados del corazón, juntos en esta noche de fuerza y pensamiento, juntos para ahora y para después, juntos para mientras impere el patriotismo, a los cubanos que ponen su opinión franca y libre por sobre todas las cosas,—y a un cubano que se las respeta.

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, ése sería el bien que yo prefiriera: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre: envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales, fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades: sáquese a lucir, y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y síganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorrallarlos. ¡Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba

trabajamos, y no para erigir, a la boca del continente, de la república, la mayordomía espantosa de Veintimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay, lúgubre de Francia! ¡Mejor caer bajo los excesos del carácter imperfecto de nuestros compatriotas, que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra o las de la palabra que rebajarles el carácter! Este es mi único título a estos cariños, que han venido a tiempo a robustecer mis manos incansables en el servicio de la verdadera libertad. ¡Muérdanmelas los mismos a quienes anhela yo levantar más, y ¡no miento! amaré la mordida, porque me viene de la furia de mi propia tierra, y porque por ella veré bravo y rebelde a un corazón cubano! ¡Unámonos ante todo, en esta fe; juntemos las manos, en prenda de esa decisión, donde todos las vean, y donde no se alvida sin castigo; cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos!

¡De todos los cubanos! Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se la pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es tronco o cumbre de monte la naturaleza! Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se espáree por nuestras entrañas, y se abre sola la caja de nuestros ahorros, y nos apretamos para hacer un puesto más en la mesa, y echa las alas el corazón enamorado para amparar al que nació en la misma tierra que nosotros, aunque el pecado lo trastorne, o la ignorancia lo extravíe, o la ira lo enfurezca, o lo ensangrienta el crimen! ¡Cómo que unos brazos divinos que no vemos nos aprietan a todos sobre un pecho en que todavía corre la sangre y se oye, todavía, sollozar el corazón. ¡Créese allá en nuestra patria, para darnos luego trabajo de piedad, créese, donde el dueño corrompido pudre cuanto mira, un alma cubana nueva, erizada y hostil, un alma hosca, distinta de aquella alma casera y magnánima de nuestros padres e hija natural de la miseria, que ve triunfar al vicio impune, y de la cultura inútil, que sólo halla empleo en la contemplación sorda de sí misma! ¡Acá, donde vigilamos por los ausentes, donde reponemos la casa que allá se nos cae encima, donde creamos lo que ha de reemplazar a lo que allí se nos destruye, acá no hay palabra que se asemeje más a

la luz del amanecer, ni consuelo que se entre con más dicha por nuestro corazón, que esta palabra inefable y ardiente de cubano!

¡Porque eso es esta ciudad, eso es la emigración cubana entera, eso es lo que venimos haciendo en estos años de trabajo sin ahorro, de familia sin gusto, de vida sin sabor, de muerte disimulada! ¡A la patria que allí se cae a pedazos y se ha quedado ciega de la podre, hay que llevar la patria piadosa y previsora que aquí se levanta! ¡A lo que queda de patria allí, mordido de todas partes por la gangrena que empieza a roer el corazón, hay que juntar la patria amiga donde hemos ido, acá en la soledad, acomodando el alma, con las manos firmes que pide el buen cariño, a las realidades todas, de afuera y de adentro, tan bien veladas allí en unos por la desesperación y en otros por el goce babilónico, que con ser grandes certezas y grandes esperanzas y grandes peligros, son, aun para los expertos, poco menos que desconocidas! ¿Pues qué saben allá de esta noche gloriosa de resurrección, de la fe determinada y metódica de nuestros espíritus, del acercamiento continuo y creciente de los cubanos de afuera, que los errores de los diez años y las veleidades naturales de Cuba, y otras causas maléficas no han logrado por fin dividir, sino allegar tan íntima y cariñosamente que no se ve sino un águila que sube, y un sol que va naciendo, y un ejército que avanza? ¿Qué saben allá de estos tratos sutiles, que nadie prepara ni puede detener, entre el país desesperado y los emigrados que esperan? ¿Qué saben de este carácter nuestro fortalecido, de tierra en tierra, por la prueba cruenta y el ejercicio diario? ¿Qué saben del pueblo liberal, y fiero, y trabajador, que vamos a llevarles? ¿Qué sabe el que agoniza en la noche, del que le espera con los brazos abiertos en la aurora? Cargar barcos puede cualquier cargador; y poner mecha al cañón cualquier artillero puede; pero no ha sido esa tarea menor, y de mero resultado y oportunidad, la tarea única de nuestro deber, sino la de evitar las consecuencias dañinas, y acelerar las felices, de la guerra próxima, e inevitable,—e irla limpiando, como cabe en lo humano, del desamor y del descuido y de los celos que la pudiesen poner donde sin necesidad ni excusa nos pusieron la anterior, y disciplinar nuestras almas libres en el conocimiento y orden de los elementos reales de nuestro país, y en el trabajo que es el aire y el sol de la libertad, para que quepan en ella sin

peligro, junto a las fuerzas creadoras de una situación nueva, aquellos residuos inevitables de las crisis revueltas que son necesarias para constituirlos. Y las manos nos dolerán más de una vez en la faena sublime, pero los muertos están mandando, y aconsejando, y vigilando, y los vivos los oyen, y los obedecen, y se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan llevando órdenes, y de pabellones que se desplegan! ¡Unámonos, cubanos, en esta otra fe: con todos y para todos: la guerra inevitable, de modo que la respete y la desee y la ayude la patria, y no nos la mate, en flor, por local o por personal o por incompleta, el enemigo: la revolución de justicia y de realidad, para el reconocimiento y la práctica franca de las libertades verdaderas.

Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen paces con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra el entusiasmo; ni nuestra mujer, que aquí oye atenta, sueña más que en volver a pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive y taciturno: ni el niño, hermano o hijo de mártires y de héroes, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo hermoso de morir a caballo, peleando por el país, al pie de una palma!

¡Es el sueño mío, es el sueño de todos: las palmas son novias que esperan: y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre. ¡Que Cuba, desolada, vuelva a nosotros los ojos! ¡Que los niños ensayan en los troncos de los caminos la fuerza de sus brazos nuevos! ¡Que las guerras estallen, cuando hay causas para ella, de la impaciencia de un valiente o de un grano de maíz! ¡Que el alma cubana se está poniendo en fila, y se ven ya, como al alba, las masas confusas! ¡Que el enemigo, menos sorprendido hoy, menos interesado,

no tiene en la tierra los caudales que hubo de defender la vez pasada, ni hemos de entretenernos tanto como entonces en dimes y diretes de localidad, ni en competencias de mando, ni en envidias de pueblo, ni en esperanzas locas! ¡Que afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América, y el alma al cinto! ¡Pues quién no lee en el aire todo eso con letras de luz? Y con letras de luz se ha de leer que no buscamos, en este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yankee, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos a la expresión saludable de todas las ideas y el empleo honrado de todas las energías,—ni de parte de otros aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás a las garantías y los métodos de ella. Por supuesto, que se nos echarán atrás los petímetros de la política, que olvidan como es necesario contar con lo que no se puede suprimir,—y que se pondrá a refunfunar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. ¿Y qué le hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fabrican la tierra no podrían hacerse palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. Todo tiene la entraña fea y sangrienta: es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal, y del alarido y el desgarramiento sublime: y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan y confunden, no parecen de lejos a los ojos humanos sino manchas! ¡Paso a los que no tienen miedo a la luz: caridad para los que tiemblan de sus rayos!

Ni vería yo esa bandera con cariño, hecho como estoy a saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo, si no creyera que en sus pliegues ha de venir la libertad entera, cuando el reconocimiento cordial del decoro de cada cubano, y de los modos equitativos de ajustar los conflictos de sus intereses, quite razón a aquellos consejeros de

métodos confusos que sólo tienen de terribles lo que tiene de terca la pasión que se niega a reconocer cuanto hay en sus demandas de equitativo y justiciero. ¡Clávese la lengua del adulator popular, y cuelgue al viento como banderola de ignominia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira:—y al lado de la lengua de los aduladores, clávese la de los que se niegan a la justicia!

¡La lengua del adulator se clave donde todos la vean,—y la de los que toman por pretexto las exageraciones a que tiene derecho la ignorancia, y que no puede acusar quien no ponga todos los medios de hacer cesar la ignorancia, para negarse a acatar lo que hay de dolor de hombre y de agonía sagrada en las exageraciones que es más cómodo excomulgar, de toga y birrete, que estudiar, lloroso el corazón, con el dolor humano hasta los codos! En el presidio de la vida es necesario poner, para que aprendan justicia, a los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado: no juzgue el de abajo por un lado ni de prisa. No censure el celoso el bienestar que envidia en secreto. No desconozca el pudiente el poema conmovedor, y el sacrificio cruento, del que se tiene que cavar el pan que come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que tienen los hijos de los otros por el mundo! ¡Valiera más que no se desplegara esa bandera de su mástil, si no hubiera de amparar por igual a todas las cabezas!

Muy mal conoce nuestra patria, la conoce muy mal, quien no sepa que hay en ella, como alma de lo presente y garantía de lo futuro, una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí, del jugo de la tierra y de las penas que ve, y de su idea propia y de su naturaleza altiva. Con esta libertad real y pujante, que sólo puede pecar por falta de la cultura que es fácil poner en ella, han de contar más los políticos de carne y hueso que con esa libertad de aficionados que aprenden en los catecismos de Francia o de Inglaterra los políticos de papel. Hombres somos, y no vamos a querer gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país. Muy mal conoce a nuestro pueblo quien no observe en él cómo a la par de este

ímpetu nativo que lo levanta para la guerra y no lo dejará dormir en la paz, se ha criado con la experiencia y el estudio, y cierta ciencia clara que da nuestra tierra hermosa, un cúmulo de fuerzas de orden, humanas y cultas,—una falange de inteligencias plenas, fecundadas por el amor al hombre, sin el cual la inteligencia no es más que azote y crimen,—una concordia tan íntima, venida del dolor común, entre los cubanos de derecho natural, sin historia y sin libros, y los cubanos que han puesto en el estudio la pasión que no podían poner en la elaboración de la patria nueva,—una hermandad tan ferviente entre los esclavos ínfimos de la vida y los esclavos de una tiranía aniquiladora, que por este amor unánime y abrasante de justicia de los de un oficio y los de otro—; por este ardor de humanidad igualmente sincero en los que llevan el cuello alto, porque tienen alta la nuca natural, y los que lo llevan bajo; porque lá moda manda lucir el cuello hermoso; por esta patria vehementemente en que se reúnen con iguales sueños, y con igual honradez, aquellos a quienes pudiese divorciar el diverso estado de cultura,—sujetará nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia, que no dejará a su hora de venírse nos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados, que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano, o guante? Pero no hay que temer en verdad, ni hay que regañar. Eso mismo que hemos de combatir, eso mismo nos es necesario. Tan necesario es a los pueblos lo que sujeta como lo que empuja: tan necesario es en la casa de familia el padre, siempre activo, como la madre, siempre temerosa. Hay política hombre y política mujer. ¿Locomotora con caldera que la haga andar y sin freno que la detenga a tiempo? Es preciso, en cosas de pueblos, llevar el freno en una mano, y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos: por el exceso de freno, y por el exceso de caldera.

¿A qué es, pues, a lo que habremos de temer? ¿Al decaimiento de nuestro entusiasmo, a lo ilusorio de nuestra fe, al poco número de los infatigables, al desorden de nuestras esperanzas? Pues miro yo a esta sala, y siento firme y estable la tierra bajo mis pies, y digo: “¡Mienten!” Y miro a mi corazón, que no es más que un corazón cubano, y digo: “¡Mienten!”

¿Tendremos miedo a los hábitos de autoridad contraídos en la guerra, y en cierto modo ungidos por el desdén diario de la muerte? Pues no conozco yo lo que tiene de brava el alma cubana, y de sagaz y experimentado el juicio de Cuba, y lo que habrían de contar las autoridades viejas con las autoridades vírgenes, y aquel admirable concierto de pensamiento republicano y la acción heroica que honra, sin excepciones apenas, a los cubanos que cargaron armas; o, como que conozco todo eso, al que diga que de nuestros veteranos hay que esperar ese amor criminal de sí, ese postergamiento de la patria a su interés, esa traición inicua a su país, le digo: “¡Mienten!”

¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por la gente impura que está a paga del gobierno español, el miedo de andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: “¡Mienten!”

¿Al que más ha sufrido en Cuba por la privación de la libertad le tendremos miedo, en el país donde la sangre que derramó por ella se la ha hecho amar demasiado para amenazarla? ¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? Pues yo sé de manos de negro que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco; yo sé del amor negro a la libertad sensata, que sólo en la intensidad mayor y natural y útil se diferencia del amor a la libertad del cubano blanco; yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias. Otros le teman; yo lo amo: a quien diga mal de él, o me lo desconozca, le digo a boca llena: “¡Miente!”

¿Al español en Cuba habremos de temer? ¿Al español armado, que no nos pudo vencer por su valor, sino por nuestras envidias, nada más que por nuestras envidias? ¿Al español que tiene

en el Sardinero o en la Rámbra su caudal, y se irá con su caudal, que es su única patria; o al que lo tiene en Cuba, por apego a la tierra o por la raíz de los hijos, y por miedo del castigo opondrá poca resistencia, y por sus hijos? ¿Al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca con nosotros una patria en la justicia, superior al apego a una patria incapaz e injusta; al español que padece, junto a su mujer cubana, del desamparo irremediable y el mísero porvenir de los hijos que le nacieron con el estigma de hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propio país, con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos? ¿Temer al español liberal y bueno; a mi padre valenciano; a mi fiador montañés; al gaditano que me velaba el sueño febril; al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos; al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles les atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: “¡Mienten!”

¿Y temeremos a la nieve extranjera? Los que no saben bregar con sus manos en la vida, o miden el corazón de los demás por su corazón espantadizo, o creen que los pueblos son meros tableros de ajedrez, o están tan criados en la esclavitud que necesitan quienes les sujete el estribo para salir de ella, éstos buscarán en un pueblo de componentes extraños y hostiles la república que sólo asegura el bienestar cuando se la administra en acuerdo con el carácter propio, y de modo que se acendre y realce. A quien crea que falta a los cubanos coraje y capacidad para vivir por sí en la tierra creada por su valor, le decimos: “¡Miente!”

A los lindoros que desdeñan hoy esta revolución santa cuyos guías y mártires primero fueron hombres nacidos en el mármol y seda de la fortuna, esta santa revolución que en el espacio más breve Hermanó, por la virtud redentora de las guerras justas, al primogénito heroico y al campesino sin heredad, al dueño de hombres y a sus esclavos; a los olimpos de pisapapel, que bajan de la trípode calumniosa para preguntar aterrados y ya con ánimos

de sumisión, si ha puesto el pie en tierra este peleador o el otro, a fin de poner en paz el alma con quien puede mañana distribuir el poder; a los alzacolas que fomentan a sabiendas el engaño de los que creen que este magnífico movimiento de almas, esta idea encendida de la redención decorosa, este deseo triste y firme de la guerra inevitable, no es más que el tesón de un rezagado indómito, o la correría de un general sin empleo, o la algazara de los que no gozan de una riqueza que sólo se puede mantener por la complicidad con el deshonor, o la amenaza de una turba obrera, con odio por corazón y papeluchos por sesos, que irá como del cabestro por donde la quiera llevar el primer ambicioso que la adule, o el primer déspota encubierto que le pase por los ojos la bandera; a lindoros, y a olimpos, y a alzacolas, les diremos: “¡Mienten!” ¡Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de manos de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arenal redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé, y se ama!

¡Basta, basta de meras palabras! Para lisonjearnos no estamos aquí, sino para palparnos los corazones, y ver que viven sanos, y que pueden; para irnos enseñando a los desesperanzados, a los desbandados, a los melancólicos, en nuestra fuerza de idea y de acción, en la virtud probada que asegura la dicha por venir, en nuestro tamaño real, que no es de presuntuoso, ni de teorizante, ni de salmodista, ni de megalómano, ni de cazanubes, ni de pordiosero. Ya somos uno, y podemos ir al fin: conocemos el mal, y veremos de no recaer: a puro amor y paciencia hemos congregado lo que quedó disperso, y convertido en orden entusiasta lo que era, después de la catástrofe, desconcierto receloso; hemos procurado de buena fe, y creemos haber logrado, suprimir o reprimir los vicios que causaron nuestra derrota, y allegar con modos sinceros y para fin durable, los elementos conocidos o esbozados con cuya unión se puede llevar la guerra inminente al triunfo. ¡Ahora, a formar filas! ¡Con esperar allá en lo hondo del alma, no se fundan pueblos! Delante de mí vuelvo a ver los pabellones, dando órdenes; y me parece que el mar que de allá viene, cargado de esperanza y de dolor, rompe la valla de la tierra ajena en que vivimos, y reventada contra esas puertas sus olas alborotadas... ¡Allá está, enfocada en los brazos que nos la estrujan y corrompen! ¡Allá está, herida en la frente, herida en el corazón, presidiendo, atada a la

silla de tortura, el banquete donde las bocamangas de galón de oro ponen el vino del veneno en los labios de los hijos que se han olvidado de sus padres! ¡Y el padre murió, cara a cara al alférez, y el hijo va, de brazo con el alférez, a podrirse a la orgía! ¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantemos un amor inextinguible por la patria, sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno ni el malo. ¡Allí está, de allí nos llama, se la oye gemir, nos la violan y nos la befan y nos la gangrenan a nuestros ojos, nos corrompen y nos despedazan a la madre de nuestro corazón! ¡Pues alcémonos de uná vez, de una arremetida última de los corazones; alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, por el desorden o por la torpeza o por la impaciencia en prepararla; alcémonos para la república verdadera, los que por nuestra pasión por el derecho y por nuestro hábito del trabajo sabremos mantenerla; alcémonos para darles tumba a los héroes cuyo espíritu vaga por el mundo avergonzado y solitario; alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos. Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: “Con todos, y para el bien de todos”.



Bases del Partido Revolucionario Cubano.

Artículo 1º—El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Artículo 2º—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Artículo 3º—El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba, por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del Continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Artículo 4º—El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Artículo 5º—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del Extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

Artículo 6º—El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza, un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Artículo 7º—El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho o declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia o el afecto aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Artículo 8º—El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I.—Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el Extranjero.

II.—Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III.—Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV.—Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva república indispensable al equilibrio americano.

Artículo 9º—El Partido Revolucionario Cubano se registrará conforme a los estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo fundan.

(Propuestas por encargo de la emigración de Key West, y proclamadas unánimemente por las emigraciones cubanas y puertorriqueñas el 10 de abril de 1892).

El Partido Revolucionario a Cuba.

La patria es sagrada, y los que la aman sin interés ni cansancio le deben toda la verdad. Cuando acaba de sorprender a Cuba el alzamiento aislado de un grupo rebelde que sólo pudo durar en el campo el tiempo necesario para que apareciese nula su tentativa, pujante el Gobierno, abandonada la idea de la independencia, supremo el influjo de los amigos de la paz, o para que el fracaso aparente de la rebelión aturdiera o desbandase las emigraciones dispuestas a auxiliar la guerra por donde Cuba entre en el goce de sus capacidades y su suelo,—cúmple al partido de la revolución, censor enérgico de toda rebelión parcial o insuficiente, declarar que el alzamiento de Holguín, que a mantenerse en armas habría recibido su ayuda, como cualquier otro por donde el país mostrase su deseo de ser libre, no obedeció a orden ni consejo del Partido Revolucionario Cubano, creado y regido por el voto de las emigraciones unidas, en un plan hostil al despotismo y el desorden, para allegar todos los elementos de emancipación que existan dentro y fuera de Cuba; para impedir que se trastorne el país sin propósito adecuado a sus necesidades y cultura, o recursos bastantes a realizar el propósito; para salvar la guerra, patente en los corazones, de los yerros naturales y corregibles de la primera República, y para ordenar, con anuencia de la Isla, el levantamiento vigoroso y total que cambiará por fin en nación equitativa y trabajadora a la colonia desesperada y miserable.

Reciente aún el alzamiento de Holguín, no puede de seguro decirse que fuera causa de él la precipitación heroica, sorda a veces a la más cariñosa prudencia, o un ardid del Gobierno de España que, conocedor del espíritu de la localidad, la forzó a rebelión antes de que madurase y cundiese, o cualquiera otra causa impenetrable, cuyo resultado único ha sido robustecer en los cubanos del

Extranjero la fe entusiasta en el plan de orden y extensión con que se ha de intentar la independendencia, y en los de Cuba el respeto a los que de afuera han ligado al país con tan repetidas y sinceras declaraciones en este plan formal, que cuando surgió la rebelión, escasa o misteriosa, reservó sorprendido su concurso, hasta que se les vieran las relaciones a los cubanos alzados, o desapareciese el misterio. Un partido ambicioso, que temiese comprometer con declaraciones francas una popularidad indigna cuando a tal precio se la compra, pudiera aguardar a más amplias noticias, esquivando declaraciones expresas, o alimentar en sus prosélitos impresionables la creencia, útil al entusiasmo, de que fué suyo el alzamiento de Hólguín; pero ni los acontecimientos en que va la vida de los pueblos pueden dejarse al azar, a que los comente y trastorne la desidia malévola, o la cobardía disimulada, o el interés venal, o el pavor de los que ven amenazada su bochornosa prominencia o sus satisfacciones pueriles en una sociedad donde el honor anda descalzo y sólo prospera quien se ayuda o beneficia del delito ambiente, o reduce el alto espíritu o el caudal salvo al trato violento con las leyes y las costumbres inmorales; ni desea de auge falso un partido que tiene su poder en el decoro, más potente por reprimido, de los cubanos de la Isla, faltos sólo del auxilio que les pueden llevar sus compatriotas más libres, en el irreductible conflicto del interés urgente de Cuba y la composición colonial de España, y en el espíritu de concordia, superior a toda malicia, con que depona la ayuda del extranjero ante los cubanos del país, a que disponga él sus formas y poderes, y liga en fusión piadosa y sagaz, esperanza del pobre a la vez que garantía del rico, a los cubanos de más opuestos grados de riqueza y cultura, que ven un verdadero peligro, y síntomas de caquexia moral, en la intentona de crear en un pueblo de América, donde la inteligencia y la aspiración no son patrimonio de una minoría soberbia, una sociedad de categorías que al gozo viril de componer en justicia su pueblo rescatado, prefiera servir de apoyo al opresor que corrompe a su patria, por no abrir sus vidas medrosas a la fatiga de creación del mundo nuevo, ni reconocer a sus conciudadanos todos el derecho que les viene del buen uso de sus capacidades naturales, sello único de la autoridad entre los hombres. Ni a la demagogia ni a la pasión debe su fuerza el Partido Revolucionario, sino al concepto

y análisis de nuestros problemas, al propósito de convertir en agencias útiles los errores del pasado, y al cariño y respeto con que junta a los cubanos que en la Isla desesperan sin ayuda ni voz, con los desterrados cuya culpa única será ante la historia aprovechar su libertad del extranjero para auxiliar a su patria inerte. Ni puede el Partido Revolucionario permitir que el ánimo de la Isla, robustecido desde que conoce el plan ordenado de las emigraciones para su independencia, desmaye al creer culpable de ligereza o deslealtad al partido único de que puede esperar su inmediata redención. Cree el Partido Revolucionario que la revolución no se ha de intentar hasta no haber allegado los acuerdos y recursos necesarios para su triunfo; pero sabe también cómo la patria padece y piensa; y si el pundonor o el genio estallan, y los cubanos levantados desafían el poder que una banda atrevida burla felizmente desde hace años, nada podrá sujetar la rebelión que aguarda impaciente—oculta sólo a los que no la desean—en el alma de la Isla, ni el auxilio dispuesto de las emigraciones, que indignadas pasarían sobre quien quisiese negar a los sublevados de Cuba el oportuno amparo. En el desorden del noviciado volvería así a nacer la guerra inevitable; y el deber del partido creado para ayudarla, sería acudir a ella velozmente, a ahorrar sangre, y yerros. Llevará a Cuba su auxilio el Partido Revolucionario; lo pondrá en manos del país, con asombro sin duda de los que sólo esperan grandeza de los hombres cuando conviene a su interés; y como soldado y ciudadano, no como intrigante ni dueño, seguirá la marcha de los ejércitos libertadores.

¿Qué es el Partido Revolucionario Cubano? España, o la villanía, intentará sin duda propalar, contra la declaración expresa, y tanto privada como pública, de los cuerpos del Partido y de sus representantes, que la obra unida de todas las organizaciones cubanas, desde la ciudad poblada a las puertas habaneras con recién llegados de Cuba, hasta los rincones recónditos donde resucita por toda la América el valor errante,—la obra en que las emigraciones, divididas en la primera guerra, juntan unánimes bajo su representación electa y responsable, los medios de llevar a Cuba el auxilio necesario para que ella establezca, sin presión ni invasión, la república libre,—la obra en que los revolucionarios históricos, aún los de fama más personal y agresiva, se congre-

gan con nobleza admirable en una constitución admirable, en una constitución republicana, para ofrecer a la Isla impotente la guerra robusta y respetuosa,—la obra que viene a encauzar, después de larga espera y necesarios errores, el pensamiento de guiar la revolución, con pruebas de hecho, de modo que no la tuerzan o mancillen las disensiones o la idolatría por donde padecieron en tiempos distantes las repúblicas de América,—la obra donde trabajan a la vez todos los cubanos libres, sin lisonjas al vano ni paga al vil, sin reparto inmoral de poderes futuros, sin más autoridad que la que arranca del voto individual en las emigraciones, sin más anhelo que el de procurar a la Isla los medios de lograr en una guerra fácil la posesión de la patria detentada, y el derecho de levantar la frente entre los hombres,—no es más, acaso que la empresa pueril de un soñador de revoluciones, que tiene atrás, por armada única, una aldea vocinglera. ¡Así puede la maldad pintar ante los cubanos confusos de la Isla la empresa pura y potente en que los cubanos todos de tierras extranjeras se han unido, desde los generales sazonados de ayer hasta la juventud recién llegada de Cuba, para ofrecer de una vez a su patria los medios de ser libre! Si en Cuba hubiese vías actuales, o cercanas al menos, de suficiente mejora; si no desfalleciera visiblemente el carácter personal, base única del bien público, en la existencia de ocultación, mendicidad y bochorno que allí con raras excepciones se vive; si en un plazo racional pudiera esperarse de una metrópoli prudente la libertad necesaria para entrar a tiempo en el concierto de los pueblos con que ha ligado a Cuba la naturaleza;—si no fuese preciso, para hacer a Cuba feliz bajo el gobierno español, nada menos que la mudanza total e imposible de una nación basada sobre la explotación de las colonias, en un pueblo capaz de sacrificar a la justicia las únicas fuentes de riqueza que nutren sus empresas, remozan sus ciudades, agabelan a sus políticos y sustentan su pueblo inquieto y desocupado,—pudiera el ideal sumiso de la emancipación, como pálido recuerdo de perdida gloria, o visión vaga de lo porvenir, ceder sacrificado, ante la libertad, siquiera incompleta, que se podría obtener sin riesgos y sin sangrè. Pero cuando, después de la lección suprema de la guerra de diez años, repite y afinca el gobierno vencedor, so capa de falsas libertades que deshonran a quienes mentidamente las invocan, los agravios que llevaron a las armas a

los que sólo fueron vencidos por su desorden e inexperiencia; cuando la importación continua de la burocracia corrupta e incapaz de España y la protección creciente al peninsular inculto, reducen a la miseria al padre criollo, que en vano busca empleo, salvo con grande y extraño favor, o lo compelen en plena paz al destierro voluntario; cuando la guerra sube silenciosa, hombre por hombre, de cada campesino a quien priva del sustento el soldado que le oprime, de cada obrero a quien desaloja el competidor de la Península, de cada desheredado que trabaja de peón en la comarca donde su padre desposeído murió por la libertad, de cada mérito, vencido sin lucha, en la guerra sorda del peninsular predatorio contra el cubano maniatado; cuando la guerra, impalpable, por su misma verdad y extensión, puede venir a ser, por punible desidia, el consorcio de la rebelión novel y un auxiliar burdo e interesado,— urgente es que, en el general descuido, vele el Partido Revolucionario para que el país, que se rinde al azar, con la guerra en el alma, halle abierta a su hora la vía de la emancipación. ¿Quién, si no, lo salvará de la política concesionaria, que nunca llegará, aun en sus mayores triunfos, hasta privar al peninsular en Cuba de su supremacía, y dejará languidecer al país, fuera de su aptitud y de su época, bajo la liga inmoral y satisfecha de los beneficiarios españoles y un número exiguo de beneficiarios cubanos, servidos, de cerca o de lejos, por los que de España se valen como de barrera contra la igualdad, triunfante ya por todo el universo, de los derechos humanos? ¿Quién, si no, salvará a Cuba de la revolución vengativa o despótica?

No existe, pues, el Partido Revolucionario como el tesón ilegítimo de ideólogos marciales, por más que siempre se ha de considerar de mejor ley procurar el bien de un pueblo en la libertad de sus moradores que servir de instrumento al opresor incapaz del pueblo en que se nació; sino que es el Partido—fruto del profundo estudio de las fuerzas y vicios de nuestra revolución—la liga espontánea y unánime de las emigraciones cubanas, en un plan de sufragio y responsabilidad madurado y aprobado por todas, para atesorar el caudal de la guerra de independencia, y liberarla, desde sus arranques, del misterio y capricho que suele, después de la más santa rebelión, pagar el pueblo incauto con el gravamen in-

justo de su hacienda, o la merma, cuando no la ruina, de sus libertades.

No desea el Partido Revolucionario, desconociendo el carácter humano y las lecciones de la guerra, ocultar por pasión o ignorancia los peligros de la lucha en Cuba, no mayores que aquellos de que pueblos semejantes se salvaron en época pasada e inferior, y preferible siempre, dado lo fácil del remedio en suelo propio, a los males incurables y crecientes que lo provocan; pero el Partido aprende a confiar en la historia serena, que relaciona los detalles y los juzga por la ley que los rige y por su composición final y benéfica,—en la historia que concede a los pueblos el derecho de balbucear, previo al de hablar, y otorga a los hombres a la vez el don de errar, y el de arrepentirse.

No ignora el Partido Revolucionario las dificultades y obstáculos de la guerra de independencia contra el último poder de España en América y los esfuerzos que aun puede hacer su autoridad caduca en la nación que con la colonia pierde su primer sostén, y en la Isla, en que le falta ya el corazón, antes engañado, de los españoles que hoy en gran número prefieren la desaparición del Gobierno que los esquilma a asesinar su propia libertad en el pecho de sus hijos. Y el Partido, sin prisa ni ilusión, allega los recursos indispensables para poner, sobre la colonia expulsa, la República en donde puedan vivir en paz cubanos y españoles.

No intenta el Partido Revolucionario una guerra de invasión, que cayese sobre la Isla hostil a ensangrentarla sin su anuencia, o se arrogase la facultad que en el trastorno del país reside principalmente—fuera del título igual de la indignación, fuera del clamor del hijo huérfano y el corazón privado de todas sus raíces, fuera del derecho de todo ser humano a recobrar la patria en que no puede vivir con honor, fuera de la potestad de todo hijo de Cuba a rebelarse en ella contra el Gobierno que la estanca y corrompe—en aquellos que pudieran tener por escasa la fuerza de la Isla en que habitan, ante el poder de cuya venganza no sufrirían, sin embargo, más que los que, dueños ya en el Extranjero de su libertad individual, no hallan paz en ella, sino que la usan para ir a conquistar la de sus hermanos. No es que la emigración intrusa quiera llevar a Cuba la guerra que condene el país, y a la

que no podrán oponer la moratoria de una independencia más lejana los que con sus actos la estorben y desmientan, y empleen en su descrédito el favor que deben a su tácito culto; ni es que un cayo de cubanos ínfimos, de los menos letrados y vistosos, usurpen a la mayoría residente de la Isla el poder de decretar la hora y carácter de la revolución: es que los cubanos, libres en el destierro de la desconfianza y espionaje que impedirán en Cuba siempre el ordenamiento de la guerra, cumplen con su obligación, todos a la vez—haciendo afuera lo que el país no puede hacer adentro—de allegar las voluntades y recursos necesarios para conquistar la independencia que desea la Isla. El Partido Revolucionario puede disponer, y dispone, la guerra que Cuba, ceñida del mar y celada por la traición, no puede preparar por sí; pero si la patria desoyera su ofrecimiento, y le echara atrás el brazo, el Partido Revolucionario acataría la voluntad de la patria.

Con honradez igual habría hablado el Partido a las emigraciones, a haberse podido convencer de que la Isla se negaba a la guerra; y si por la respuesta a su investigación respetuosa no tuviera conocido el asentimiento del país, el Partido no se habría considerado con causa para existir, porque la más noble pasión debe ceder el puesto a las realidades que la hacen inoportuna o imposible. Los cubanos expatriados, por justo que fuera su móvil, no tendrían el derecho de organizarse para una guerra que la Isla rechazara, pero como en Cuba es unánime el deseo de la independencia, y poco más que unánime la convicción de que una guerra de unidad y de recursos, que no tiene hoy por qué durar y dividirse como la primera, derribaría fácilmente a un adversario cuya única fuerza está en la conformidad de los que se le pudieran oponer, el Partido existe, seguro de su razón, como el alma visible de Cuba, harto crecida para no desear empleo a sus fuerzas y sobrado prudente para lanzarse a empresas temerarias. No pudiera el Partido Revolucionario, que congrega en su seno a cubanos de la más apartadas residencias, ostentar a las puertas de Cuba tal vigor, si la continua comunicación con ella no le trajese un germen de entusiasmo comparable a la flojedad que le vendría de la opinión contraria. En vano España, o la villanía, tacha de réprobos, o poco menos, a los cubanos emigrados que a costa de sus vidas y haciendas ofrecen a la patria, apta ya para la liber-

dad, los medios de conquistarla, sin pedirle más premio que el honor de haberla servido como hijos: en vano se procuraría hacer recaer sobre las emigraciones de hoy, unidas de antemano para armar y ayudar sin tasa al ejército de la revolución, la censura que la emigración de ayer, culpable sólo de confusión primeriza, mereció por su falta aparente de auxilio en la guerra anterior. Porque no ayudó, se censura a aquélla, y no se ha de censurar a éstas porque ayudan. Recién venida de Cuba es la mayoría de las emigraciones de hoy, y a los cubanos constantes del primer destierro ha unido su ímpetu la generación actual: asociaciones hay en el Partido Revolucionario formadas por los desterrados voluntarios de uno y otro pueblo de Cuba, y alguna hay, de expatriados recientes, en que está el pueblo todo: pueblos enteros han emigrado, en estos años últimos de miseria e hipocresía, de aquella vida; con entrañables voces saluda la Isla agradecida a los que limpian la vía de la guerra de los riesgos de desorden, localidad o mando flojo o excesivo que, en los largos ocios que le permitió la emigración pausada, minaron y rindieron la guerra primera. Defrauda a Cuba quien le describa las emigraciones como resto enconado de la pasión de otros días, en vez de loar el espectáculo de un pueblo que en los errores de la primera tentativa ha aprendido la disciplina y tolerancia esenciales al triunfo: defrauda a Cuba quien describa las emigraciones de hoy, donde los más humildes oficios se igualan en grandeza a las altas fortunas, como cohorte de voceadores que va detrás de un empírico revolucionario. Las glorias todas de la guerra, libres en el Extranjero, están en el Partido Revolucionario Cubano; en él los jefes de ayer, desagaviados con la fructuosa unión de las emigraciones, fraternizan, soldados todos, con los que antes, en noble impaciencia, tenían por poco amigos. Unense en el voto, a elegir su representación, doctores y obreros, fabricantes y mecánicos, comerciantes y generales. Junto al íntegro Presidente de nuestra República, espera ansioso, puesto a la mesa de una industria humilde, el bachiller descontento de su inútil diploma; y el hijo de padre ilustre no cree tener cedido su derecho de cubano porque nació de seno valeroso en los montes libres, y no pudo vivir en su tierra satisfecha con menos honor. Ni a los cubanos de ayer se ha de negar el derecho de opinar sobre su país, porque sangraron por él diez años en la guerra; ni a los cubanos

de hoy, porque en busca de asilo para sí y salvación para la patria, cruzaron hace poco el mar. Los emigrados, sin más anhelo que el de servir a sus compatriotas impotentes, ordenan la rebelión que no pueden ordenar ellos, la salvan de los peligros que pudieran hacerla temer, y, en el instante en que la Isla desvalida parece a punto de abandonar su porvenir a la revuelta sin concierto o las tinieblas de la nada, aprontan la guerra unánime con que el país puede lograr su libertad. El decida.

La separación de España es el único remedio a los males cubanos. Redundancia fuera describir el estado del habitante de la Isla, criollo o peninsular, bajo el gobierno que distrae de la producción del país el tesoro con que lo tiraniza, y cobra en las innumerables formas del soborno un presupuesto silente, más dañino por la inmoralidad que fomenta que por los caudales que acapara. La consideración de hermanos, que se han de guardar siempre los hijos de un mismo país; y la esperanza legítima en el reconocimiento final de su error, aconsejan dejar a su propia censura los actos de prolongada conformidad de los cubanos que han fallado en entender que el único problema real de Cuba está en el conflicto entre la aspiración del cubano a regir su propio suelo, y la incapacidad en que España estará siempre, por su resguardo e interés, de entregarle, con el gobierno del país, los privilegios en que mantiene a fuerza de armas a la población peninsular. Sin implicar que en el día de la República sean lastimados en su derecho de hombres nuestros padres peninsulares, condueños de la Isla por nuestro nacimiento, bien puede decirse que todo el caso político de Cuba está en la lucha por el predominio entre el cubano y el español. De sobra habrá siempre en tierra tan despoblada y rica espacio para el español trabajador, y el comercio legítimo de la Península tendrá mercado constante en nuestras costumbres; pero debe cesar con la independencia del país, modo único de obtenerlo, la injusta exclusión de los cubanos de las vías todas de la vida, en provecho del español favorecido. Pasea arrogante el necio o el aventurero por las calles donde solicita empleo en vano el mérito criollo, y expira el cubano insigne a los pies del politicastro taurino, el gozoso militar y el juez comprado. La necesidad fatal habitúa al criollo a la dependencia, y aun a la gratitud indebida, del español que posee lo más de la riqueza pública. O se come el pan con mau-

chas, o no hay pan que comer. Buscan los políticos de la paz en leyes lentas de elecciones—leyes de perpetua servidumbre bajo la máscara de sus formas, que a lo sumo no vendrían a ser más que modos perfectos de suplicar a un interés contrario—el remedio a la perversión creciente y al desahucio de los naturales. Empléanse en servir al gobierno desmoralizador, con pretexto de combatirlo, las fuerzas que debieran emplearse en ordenar los ánimos para la defensa. Vive una minoría medrosa o complaciente, encarada a la patria deshecha, en las delicias del acomodo o la calma de la dejadez. Los mismos campesinos que aparecen armados en defensa de España, confundiendo con esta fidelidad monstruosa todas las bases de la moralidad, más cargan armas por quitarle oficio al guardia español, harto caro en los campos a sus protegidos, y para salvar las propiedades que el Gobierno no les puede defender. Se cae la patria a pedazos. Fatigado el espíritu y sin salida visible a tanta angustia, llega el cubano, solo en su vergüenza, o satisfecho en la contemplación de su virtud inactiva, a oír indiferente el clamor de su alma propia, como el presidiario de más blandas entrañas oye por fin sin temblar los alaridos del infelíz a quien las varas, al son de la música, desgarran las carnes desnudas. En vano se pedirán a un dueño armado e imperioso las leyes que han de arrebatarle la prosperidad y el poder.

Pero está la separación de España y Cuba, para bien final de España misma, impuesta por más alta razón que la de sus intereses encontrados, la burla del derecho criollo y la postergación del país: y es la del espíritu y fin diversos de ambos pueblos, y su grado distinto en la composición social. Cuba, amaestrada en la guerra, la expatriación y la estrechez misma de sus hijos en la Isla para desarrollar la riqueza de su suelo y el vigor de su mente, más servido que herido por la mezcla de sus razas, es un pueblo superior, como entidad contemporánea, a pesar de su heterogénea y peculiar formación, a la nación española, que con su pueblo inerte en su organismo feudatario, vuelve, bajo el remedo superficial de las formas políticas extranjeras, a la verdad, retrasada por siglos, de sus nacionalidades originales y diversas, fuente lenta y única de su reconstrucción, cegada en el arranque de la independencia contra el moro, para alzar sobre ella la unidad que mantuvo, más que la misma religión triunfante, el botín deslumbrador de las

Américas. Sobre las Américas quedó constituida la nación española, maleando desde la raíz su forma nueva con el azar y el ocio; y fuera de los siervos pegados al terruño, o los mercaderes que del descubrimiento habrían de aprovechar, buscó en las aventuras americanas y sus oficios lucrativos un rendimiento más pingüe que el del solicitante remendado en la corte oscurecida de capas y sotanas. Con el subsidio colonial quedó desde el nacer viciada la monarquía española, que quebrará su forma inútil antes que pueda desprender de la constitución nacional—basada en el tributo de las colonias—el hábito y necesidad de dependencia de los empleos y comercios impuestos, para sostén de la península holgadora, a los países americanos. Desprovista España de trabajo real y directo con que nutrir su población emigrante, su milicia larga y levantisca, su numerosa magistratura, su gentío universitario y burocrático, la excrecencia toda de una monarquía que desaparece sin realizar la unidad para que fué creada, echa hoy sobre Cuba—sin tiempo, modos ni voluntad de sustituir sus bases coloniales—el peso que antes repartía por el Continente, y no aligeran siquiera las industrias que con el ímpetu del siglo le han ido naciendo y en el trato con Cuba tienen su sostén forzado y principal. Cuba, en tanto, enclavada entre ambas Américas, en el crucero del porvenir, ve a sus puertas al mundo hervir y mudarse, los canales abrirse, el comercio de sus frutos crecer en manos libres, ligarse por tierra y mar con sus únicos mercados los pueblos de su misma producción y clima, mientras sus hijos, dotados con especial favor por la naturaleza, disciplinados en la guerra y la expatriación para el gobierno propio, y en las sorpresas de la suerte y la larga escasez para el trabajo, unidos, a pesar de sus simientes de odio, por la evidencia de su mérito común y su impetuosa aspiración a la cultura, desfallecen en impuesta ociosidad, atados a un pueblo elemental y lejano, cuya subsistencia depende de sus colonias sofocadas. El porvenir feliz de uno de los países ventajosos del mundo, en la época más propicia de la libertad y el trabajo de los hombres, se estanca, aislado en el progreso veloz, y se pierde, acaso para siempre, por mantener a un gobierno que ofende y empobrece a sus súbditos, por abastecer la población ávida del pueblo que lo oprime, y por orlar de palacios las calzadas de Barcelona y Santander. No puede Cuba, dispuesta ya para el progreso libre en el mundo ame-

ricano, seguir de peatón de un pueblo europeo, reino oscilante o república militar, que retrograda, tras siglos estériles de holganza y tiranía, al período de fomento de sus nacionalidades rudimentarias.

La independencia, sin embargo, pudiera temerse, si de ella hubiesen de venir peligros mayores que la ruina y la degradación que la hacen deseable, o si crease conflicto alguno que no fuera, en cualquier forma política, natural e inevitable desenvolvimiento de la sociedad cubana, capaz, con el simple trato equitativo entre sus miembros, de convertir en grande fuerza nacional los elementos que sólo podrían hacer peligrosos la arrogancia y la injusticia. Son suma los pueblos de las aptitudes de sus hijos; y Cuba habrá de ser—con el ímpetu de la libertad, la exención súbita de sus tributos onerosos, la conversión al peculio nacional de los caudales que hoy paga al vicio y la tiranía, y el retorno de los cubanos hechos a la dificultad y la creación en la aspereza del destierro—conjunto robusto de la laboriosidad, moderación y empuje de que en el mismo país oprimido, y en los pueblos más agrios de la expatriación, ha dado muestra, humilde o culto, el criollo cubano. Llega Cuba a la vida de América, por sus hábitos de trabajo, disciplina liberal, extensas peregrinaciones, mejoras modernas, aspiración pública y feliz geografía, con elementos muy distintos por cierto del patriciado indolente, las constituciones postizas o teocráticas y el campo inculto e inaccesible que estorbaron, con conflictos en su mayor parte ajenos a Cuba, el desarrollo, en una época sin luces y sin vías, de las primeras repúblicas americanas. En la guerra y en los primeros años de la paz tuvieron los Estados Unidos, puestos a menudo de ejemplo inimitable ante oyentes crédulos, los mismos celos, traiciones y desdenes, las mismas disidencias, rebeldías y conflictos, las mismas intrigas, cábalas y crímenes que pudieron haber afeado nuestra guerra, o nos afearan la república mañana. De padres de África, ignorantes y sencillos, ha nacido en el país gran número de cubanos, tan aptos por lo menos para el arranque original y productor de un pueblo naciente, como aquellos de color más feliz que en la desgracia y el trabajo no hayan purgado su sangre de soberbia y molicie; pero el amor engendrado entre unos cubanos y otros en los diez años de guerra, el lazo natural que para siempre liga al cubano esclavo con el que lo rescató de la servidumbre, los méritos de trabajo, orden y generosi-

dad por donde el liberto, en condiciones desiguales, se ha mostrado tan capaz y bueno como su señor antiguo, y el adelanto rápido y afanoso de los cubanos redimidos, más que los casos patentes de cultura extraordinaria, son hechos de influjo social superior, para la paz y asiento del país, a la inquietud que pudiera causar el deseo vehemente de salvar las vallas que en todo color se dejan al fuero privado, o la negación sistemática y ofensiva del alma igual del liberto, y del respeto público que se ha de tributar a sus derechos, talentos y virtudes.

Pudiera también el que quisiese alejar de la Isla el estudio, en todos los pueblos creciente, de los problemas de la sociedad contemporánea, ver con temor innecesario las garantías más firmes de la paz, que son el debate franco de las aspiraciones del hombre, siempre al fin conformadas a la realidad y a su naturaleza, y el deseo brioso de toda especie de mejoramiento, por donde los pueblos se salvan de la anemia y de la tiranía. Sólo la opresión debe tener el ejercicio pleno de las libertades, y apenas hay espectáculo más noble que el del hombre descontento de la iniquidad del mundo, ni almas más puras que las que, adórnenlas o no fortuna o letras, buscan sedientas el alivio del dolor humano. Ancha es la tierra en Cuba inculta, y clara es la justicia de abrirla a quien la emplee, y esquivarla de quien no la haya de usar; y con buen sistema de tierras, fácil en la iniciación de un país sobrante, Cuba tendrá casa para muchos hombres buenos, equilibrio para los problemas sociales y raíz para una república que, más que de disputas y de nombres, debe ser de empresa y de trabajo.—El español, por su parte, sin ver que es padre nuestro, ni meditar en la hermandad de aspiraciones que une al cubano rebelde a los abusos de sus dueños, y al peninsular que de ellos padece como él, podría temer el desborde de un odio que jamás se asiló en pechos cubanos; pero será vano su miedo, porque de Cuba sólo se ha de desarraigar el gobierno que la aflige y el vicio que la pudre, no el hombre útil que respete y ayude sus libertades; y si la pasión quisiese vengar en las cabezas inocentes los crímenes del gobierno vencido, habrá sobrados pechos que se pongan de escudo entre el inocente y la venganza.

La impericia republicana, natural en las mismas clases cultas de un pueblo donde el deseo tímido adquiere en el estudio literario la noción de la libertad que todo niega alrededor, puede inspirar

en los cubanos teóricos el miedo de trastornos que no espera quien en lo real de las repúblicas haya aprendido que el peligro de ellas no está tanto en la muchedumbre aspiradora, que en su libertad y cultura corrige al ascender su propia vehemencia, como en la altivez y vanidad que ignoren que el reconocimiento constante y sincero de los derechos naturales es salvaguardia única y suficiente de las más complejas sociedades humanas. Sólo ese desasosiego del cubano colonial, a quien la preocupación y dependencia de su vida predisponen a desconocer las pruebas de acuerdo y vigor ya en su pueblo visibles, pudiera, unido al pánico inmotivado del español pudiente, buscar la salud de Cuba en el ingreso limosnero a una nación que debió a la sangre de los combates su libertad, que de su territorio ya distribuido ve desbordarse sobre la presa de los pueblos débiles su población agresiva y codiciosa, y que no ha sabido resolver para sí el problema mismo de que se irían a refugiar en ella los cubanos. Ni el español que defiende sus empresas y tiendas ha de querer, mientras sea hombre de razón, abrir la Isla a la horda avarienta que con el favor político y poder de la riqueza monopolizadora barrería de Cuba el comercio español; ni el cubano que teme, sin causa visible, el predominio de los libertos en la República, ha de procurar la anexión a un país que, por los labios mismos de su Presidente mártir, tiene escogida a Cuba como la tierra propicia para vaciar en ella la población libre que embaraza a los Estados Unidos. En vano desconocen los cubanos imprudentes que el respeto conquistado por la propia emancipación, y el comercio libre, son los únicos medios de mantener la paz cordial entre la colonia que sale convulsa e inexperta de un gobierno tiránico, y la nación adelantada e impaciente que, en el conflicto de los caracteres y los métodos, arrollaría en la anexión las fuerzas que estimará, y llegará a amar, en el goce del comercio pleno que se le ha de abrir con la independencia.

En este desconcierto de ideas y voluntades, en que la Isla sin rumbo desespera de la demanda nula de la autonomía, irrealizable sin la previa mudanza de la íntima y terca naturaleza de la nación española,—o fía a la idea vaga de una anexión inconveniente, sin orden que la pida, ni pueblo que la oiga, el remedio premioso a la descomposición del país, o duda de aspirar a la independencia, por el temor de la poquedad o desorden de la guerra que la ha de

obtener,—los cubanos que tienen la voz libre en tierras extranjeras, recogiendo en un plan de acción continua las lecciones todas de la expatriación y la primera república, se unieron en la organización que, por su acatamiento al país, el estudio y vigilancia de los peligros desatendidos, y su misión única de llevar a la Isla desvalida los medios necesarios a su redención, no viene hoy sin títulos, con motivo de un suceso que pudiera ocasionar juicios confusos, a explicar su obra de previsión y de cariño, bajo el nombre del Partido Revolucionario Cubano. Vergüenza de sus promovedores, y culpa de que no los pudiera redimir el mismo éxito, serían las de aumentar los males de la Isla con la amenaza de la guerra insuficiente para el fin que se propone, o compuesta en la pasión y ceguera, con los peligros que suelen ser precio hartamente caro de la más anhelada victoria. Si Cuba necesita de un guardián celoso contra la guerra incauta, contra la exaltación del entusiasmo ignorante por un demagogo terco, contra la tiranía embozada a veces bajo el servicio aparente de la libertad, contra la desidia satisfecha que se pone de valla a la obra laudable de sacar a la patria de su postración,—ese guardián celoso es el Partido Revolucionario. Digno del amor y la confianza de Cuba, él pide a cubanos y españoles que aceleren su parte de labor para fundar en la Isla un pueblo de verdadera libertad, seguro para sus moradores, respetable para quien pudiera codiciarlo, amparado del desorden por la práctica de la justicia, y apto para ocupar, cuando aun es tiempo, su puesto de lucro y honor entre los pueblos trabajadores de América.

Con la reverencia de la primera República en el alma, y su espíritu mismo de sacrificio y abnegación, trabajan sin reposo los cubanos expatriados, desde las aldeas indígenas de América hasta su ciudad más populosa, no por recobrar a mano armada una tierra donde la mayoría de ellos pudiera vivir en la paz infecunda, sino por ayudar con su peculio y con sus vidas a crear un pueblo moral y feliz, antes que pase por sobre él el mundo presuroso, en la tierra, sembrada de héroes, donde el cubano no puede ni vivir con honra ni aspirar a la felicidad. El amor sensato a las libertades públicas, la natural tristeza de ver sumisa y en riesgo de mortal abatimiento a nuestra propia sangre, y el indomable anhelo de restituir el decoro de otros días al pueblo que hoy se desmigaja en el período más vergonzoso de su esclavitud, unen en con-

movedor desinterés a los héroes constantes de la guerra, fieles a Cuba como a una madre, a los expatriados que prefirieron a la zozobra colonial el rudo y útil ensayo, en las tierras afines, del carácter que han de probar luego en su suelo propio, y a los que con el ímpetu de la nueva indignación, huyen de Cuba día tras día, y de la miseria y el bochorno, y dan a la revolución naciente, el fuego angélico e ímpetu incontrastable de 1868. Cuba ha de amar, Cuba no puede aborrecer a estos jefes, sobrados ya de gloria, que por defenderle su libertad volverán a dejar solas sus casas, sin más amparo que el que les quiera dar su pueblo agradecido; a estos hijos acaudalados, que del seguro de tierras extranjeras, acuden con su tesoro a conquistar a su país el bienestar de que ellos ya disfrutaban; a estas admirables masas cubanas, levantadas en el destierro a rara cultura, que de un jornal infeliz sacan porción principal para dar patria libre a los que las desconocen y desdeñan. Por la emancipación de la Patria trabaja el Partido Revolucionario; por la concordia de los hijos de Cuba, que pudieran luego ensangrentarla con sus odios; por extirpar, desde la guerra inicial, los peligros que amenazasen a la República; por levantar una nación buena y sincera en un pueblo que habría de parar, si se le acaba el honor, en provincia ruinosa de una nación estéril o factoría y pontón de un desdeñoso vecino. El expone ante los pueblos de la tierra la razón y conveniencia de la emancipación de Cuba, y su ansia de entrar a trabajar en el mundo moderno; él proclama y prueba los méritos de orden y virilidad del carácter cubano; él despierta el respeto de los que pudieran acelerar con su ayuda la santa obra, o estorbarla con su esquividad; él, con el reconocimiento cordial de todos los derechos, prepara a la patria el goce pacífico de su cultura y su riqueza; él continúa en el pueblo cubano la unión sublime de almas que comenzó en la guerra; él, con el respeto a Cuba y con su asentimiento, prepara, libre de ambiciones, la guerra que Cuba anhela, y en su servidumbre no puede preparar. El Partido Revolucionario ofrece a Cuba su parte hecha de la revolución por la independencia: el país sabrá si en esta oportunidad de ser libre, rechaza la oportunidad, y continúa esclavo.

El Delegado del Partido Revolucionario.

José Martí.

Patria, New York, mayo 27, 1893.

El Partido Revolucionario Cubano a Cuba.

(Manifiesto de Montecristi).

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el Extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber—sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituida—de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos de la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país harto probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable, por ir firmada por la muerte, que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo, ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apretecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento de la patria que se ganen, podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad, que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisos, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía.—Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella, ante la patria, su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la República,—su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es,—y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad. En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudieran embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación, en las repúblicas feudales y

teóricas de Hispanoamérica. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas, a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales, consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola y ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían,—no son, de ningún modo, los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conector celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el crucero del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador de los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o en la misma Isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable uniformación de las diversas secciones del país; la admiración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud creciente del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono,—aseguran a Cuba, sin ilícita ilu-

sión, un porvenir en que las condiciones de asiento y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte, de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer de la libertad.—Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que lo desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato, y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la Isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuaamente levantar por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre—con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sin-

cera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor de hombre libre y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quien se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos,—con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso,—la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama: la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrá a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombres la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra.

¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más siente impulso a veces de unírseles que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogería alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvadas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular; donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar

como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos,

En las formas en que se dé la revolución, conocedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria.—La dificultad de las guerras de independencia en América y la de sus primeras nacionalidades ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra,—y las prácticas necesarias a la guerra, y que ésta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno, que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos,—y permitan, en vez de entrabar, el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no lo conduzca a las parcialidades o a la tiranía. Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan, tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de

los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura, de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de los resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad:—esos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra, pujante y capaz, dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo. Apenas podría creerse que con semejantes mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa!



A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por el rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerando el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido, y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos. Y al declarar así, en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895.

José Martí.

M. Gómez.



Carta a Federico Henríquez y Carvajal.

Montecristi, 25 de marzo, 1895.

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como velada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Vd. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en el mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,—cuando creí

que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra,—y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin discontentar a la inteligencia primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía.—Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aun puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nues-

tra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles,—y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fué mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité, a la voz de Vd., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Vd., y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: ¡hermano! Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Vd. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

José Martí.



Carta a Manuel Mercado.

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895.

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independenciam de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos—como ése de Vd. y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia,—les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:—y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni crea-

ción, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga o les cree, en premio de oficios de celestinas, la posición de prohombres, desdichados de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del *Herald*, Eugenio Bryson:—de un sindicato yanqui—que no será—con garantía de las aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte;—incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson,—aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución,—el desorden, desgano y mala paga del Ejército novicio español,—y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba.—Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dió a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos.—Y aún me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarían de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará,—o yo se lo hallaré.—Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto.

Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pié por espinas y alturas, mi morral y mi rifle;—alzamos gente a nuestro paso;—siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil almas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dió, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,—la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defendería lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetejada al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaños es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad.....(*)

(*) Martí dejó interrumpida esta carta, según se supone, por la llegada del general Bartolomé Masó al campamento, no siéndole posible terminarla.

Índice.

	<i>Pág.</i>
Nota preliminar, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	5
José Martí. Notas para un ensayo biográfico-interpretativo, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i> :	
Medallón	7
Caminos	8
Obra político-revolucionaria	17
Carta al general Máximo Gómez	27
Vindicación de Cuba.	31
Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, el 10 de octubre de 1891	37
Discurso en el Liceo Cubano, Tampa, el 26 de noviembre de 1891	45
Bases del Partido Revolucionario Cubano	57
El Partido Revolucionario a Cuba	59
El Partido Revolucionario Cubano a Cuba. (Manifiesto de Montecristi)	75
Carta a Federico Henríquez Carvajal	85
Carta a Manuel Mercado	89



Otras Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana, t. I, 1550-1565, con un prefacio y un estudio preliminar por *Emilio Roig de Leuchsenring*, 2 vol.

—t. II, 1566-

Historia de La Habana, por *Emilio Roig de Leuchsenring*, I, Desde sus primeros días hasta 1565.

La Habana. Apuntes históricos, por *Emilio Roig de Leuchsenring*.

Colección Histórica Cubana y Americana.

- 1: Curso de Introducción a la Historia de Cuba.
- 2: Hostos y Cuba.
- 3: *José María Heredia*.—Poesías Completas. (En publicación).

Las publicaciones de esta Oficina no se venden; se reparten gratuitamente por la Administración Municipal de La Habana a las personas que las solicitaren por escrito del Historiador de la Ciudad.

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

SECCIONES

Archivo Histórico Municipal.

Biblioteca Histórica Cubana y Americana.

Abiertos al público de 8.30 a. m. a 1 p. m.

Publicaciones:

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana.

Historia de La Habana.

Cuadernos de Historia Habanera.

Colección Histórica Cubana y Americana.

**PALACIO MUNICIPAL
LA HABANA**